



# DOCUMENTOS DEL PROGRESO

APARECE EL 1º Y 15 DE CADA MES

## SUMARIO:

**ALEJANDRA KOLONTAY. — LA FAMILIA Y EL ESTADO COMUNISTA.** — (1.º La familia y el trabajo asalariado de la mujer. — 2.º Los trabajos domésticos dejan de ser necesarios. — 3.º La educación de los hijos corresponde al Estado).

**MAXIMO GORKI. — UN LIBRO NOTABLE.** — («El Fuego», de Henry Barbusse).

**LA DISCIPLINA DEL TRABAJO DEL PROLETARIADO EN LA RUSIA DE LOS SOVIETS. — LOS SABADOS COMUNISTA.**

**LAS INICIATIVAS DE LOS SOVIETS PARA CONCERTAR LA PAZ CON POLONIA.** — (El Consejo de los Comisarios del Pueblo de la República Rusa de los Soviets al Gobierno y Pueblo de Polonia — Nota del Gobierno ucraniano de los Soviets a Polonia).

**ARTHUR RANSOME. — HACIA PETROGRADO.**

**JACQUES SADOUL. — NOTAS SOBRE LA REVOLUCION BOLSHEVIKI.**

**MAX M. ZIPPIN. — LA FUERZA QUE SE HALLA DETRAS DEL CAÑON ROJO** (conclusión).

**LA OBRA CONSTRUCTIVA EN RUSIA.** — (El primer Congreso Pan-Ruso de los Consejos de Economía Popular (Mayo de 1918. — Notas de W. Milinkin).

Los documentos que se insertan son auténticos



## DOCUMENTOS DEL PROGRESO

APARECE EL 1.º Y 15 DE CADA MES

## La familia y el Estado Comunista

## I.—La familia y el trabajo asalariado de la mujer

¿Se conservará la familia en el estado comunista? ¿Será ella exactamente la misma de hoy día? He ahí una cuestión que atormenta a las mujeres de la clase obrera y que preocupa igualmente a sus compañeros los hombres. Tal problema ocupa, en estos últimos tiempos particularmente, los espíritus, en el mundo de los trabajadores, y no es de extrañarse: la vida cambia a los ojos de todos; se vé, poco a poco, desaparecer antiguas costumbres y hábitos; toda la existencia de la familia proletaria se organiza de un modo tan nuevo, tan insólito, tan «raro» como algunos pensarán! Lo que torna aún más perpleja a la mujer de la presente contingencia, es que el divorcio ha sido facilitado en la Rusia de los Soviets. Efectivamente, en virtud del decreto de los Comisarios del Pueblo, del 18 de Diciembre de 1917, el divorcio ha cesado de ser un lujo accesible sólo a los ricos; ahora, la mujer obrera no deberá más solicitar durante meses y tal vez durante años, un pasaporte separado para recobrar su independencia de un bruto o de un borracho de marido que la cargaba de golpes. Ahora el divorcio amistoso puede obtenerse en un espacio de tiempo de una o, a lo sumo, de dos semanas. Pero tal facilidad del divorcio, tan bendecido por las mujeres infelices en su matrimonio, espanta a las otras, a aquellas, especialmente, que están habituadas a considerar al marido como el único sostén en la vida y no entienden que la mujer debe habituarse a buscar y encontrar tal sostén en otra parte, no en la persona del hombre, sino en la colectividad, en el Estado.

No es el caso de distmular la verdad: la familia normal del pasado, en donde el hombre era todo y la mujer no era nada — puesto que ella allí no disponía ni de voluntad ni de dinero, ni tiempo propio, — tal familia se modifica de día en día; ésta casi ha desaparecido. Pero esto no debe asustar. Sea por error, sea por ignorancia, nosotros estamos dispuestos a imaginarnos que todo en derredor nuestro permanece inmutable, mientras que todo cambia. «Pue y será siempre así»: nada es más erróneo que tal proverbio! Basta leer como los hombres fueron en el pasado, para darnos enseguida cuenta que todo está sujeto a mutaciones y que ni las costumbres, ni las organizaciones políticas, ni los hábitos permanecen fijos, invariables. Y la familia, en las diversas épocas de la vida de la humanidad, muchas veces ha mudado de forma: fué muy otra de lo que es hoy día. Hubo un tiempo en que se consideraba como normal una sola forma de familia, la familia genética, (matriarcal), vale decir, aquella que tenía a la cabeza una vieja madre, en derredor de la cual se agrupaban, para vivir y trabajar en común, hijos, nietos y biznietos.

También vino la familia patriarcal, presidida por el padre o señor, cuya voluntad era ley para todos los otros miembros de la familia. Aún en nuestros días, se puede todavía ver en las aldeas rusas a semejantes familias campesinas. Allí, efectivamente, las costumbres y las leyes familiares no son las mismas que para el obrero de la ciudad; allí aún existen muchas costumbres que no posee más la familia del proletariado de la ciudad. La forma de la familia, sus costumbres, varían según los pueblos. Hay pueblos, por ejemplo, los turcos, los árabes, los persas, que

han admitido por ley que un sólo marido tenga más mujeres. Hubieron y hay, aún ahora, poblaciones, donde el uso tolera lo opuesto, que una mujer tenga más de un marido. Una costumbre habitual del hombre de hoy exige de la joven que permanezca virgen hasta su legítimo matrimonio; y bien, hubo pueblos al contrario, en los cuales la mujer se jactaba de tener muchos amantes, colocándose en los brazos y en las piernas tantos anillos cuantos maridos tenía... Ciertas prácticas, que nos extrañarían y que calificaríamos de inmorales, se encuentran consagradas en otras partes, en otros pueblos que, en cambio, consideran como un «pecado» nuestras leyes y nuestras costumbres. No tenemos motivos para atemorizarnos porque la familia se está modificando, y se ven desaparecer, poco a poco, los vestigios del pasado, ya inútiles; no debemos atemorizarnos, en fin, de que relaciones nuevas se establezcan entre el hombre y la mujer. Debemos preguntarnos: ¿qué costumbres cesan de ser propias de nuestra familia y, en las relaciones entre obrero y obrera, entre campesino y campesina, cuáles derechos y deberes recíprocos, armonizarán mejor con las condiciones de existencia de la nueva Rusia, de la Rusia laboriosa, como lo es nuestra Rusia soviética actual? Únicamente lo que conviene será conservado: lo demás, todo lo viejo, todo lo legado por la maldita época de servidumbre y de dominación, la de los señores propietarios de posesiones y de los capitalistas, será barrido, junto con la clase de los propietarios, con estos enemigos del proletariado y de los pobres...

La familia, en su forma actual, no es más que una de las ruinas del pasado. Sólida, cerrada en sí misma, indisoluble, se consideraba como tal el matrimonio bendecido por el pope en persona. Si la familia no hubiese existido, ¿quién habría alimentado, vestido, educado a los niños y los habría orientado en la vida? La suerte del huérfano, en el pasado, era la peor de las suertes. En la familia a la cual nosotros estamos habituados, el marido es quien gana y mantiene a la mujer y a los hijos; en cuanto a la mujer, ella se ocupa de la casa y educa a los hijos según lo entiende. Pero, desde este último siglo, semejante forma habitual de la familia se destruye progresivamente en todos los países donde reina el capitalismo, donde aumenta rápidamente el número de las fábricas, de las oficinas y de otras empresas capitalistas, las cuales ocupan a obreros. Las costumbres familiares se transforman al mismo tiempo que las condiciones generales de la vida ambiente. Lo que primero de todo ha contribuido a cambiar de manera radical las costumbres de la familia fué, sin duda, la difusión universal del trabajo asalariado de la mujer. En el pasado solamente el hombre era el sostén de la familia. Pero desde los últimos cincuenta o sesenta años, se observa en Rusia (en otros países el mismo hecho se produjo un poco antes), que el régimen capitalista obliga a la mujer a buscar un trabajo remunerativo fuera de la familia y de su casa. El salario del hombre, del «sostenedor», se ha hecho insuficiente para las necesidades de la familia, y la mujer, a su vez, se ha visto en la obligación de trabajar para ganar; también la madre ha debido golpear las puertas de las oficinas de la fábrica. Y, de año en año, se ve aumentar el número de las mujeres de la clase obrera que desertan de la casa, sea para engrosar las filas de las obreras de fábrica, sea para emplearse como jornaleras, empleadas, lavanderas, domésticas, etc. Según un cálculo hecho antes de la guerra mur-

## APARECIÓ

el interesante libro de  
LEON TROTZKY

## El advenimiento del bolshevikismo

Desde la Revolución de Octubre al Tratado de Paz de Brest-Litowsk)  
Carta del autor a los Revolucionarios Franceses

Es la Historia mejor documentada del momento más culminante de la Revolución Rusa.

Precio del ejemplar: \$ 1.—

No se enviará el libro sin que previamente no se remita su importe, acompañado del correspondiente gasto de franqueo.

Los pedidos no menores de 10 ejemplares 25 % de descuento.

Se vende en todas las principales librerías, kioskos y en esta administración.

Pedidos a JOSÉ NO. Casilla de Correo 1160—Buenos Aires

## INTERESANTE

El 7 de Junio se pondrá en venta el folleto de  
NICOLAS LENIN

## Los Socialistas y el Estado

Traducción del original ruso por M. Iarochevsky.

PEDIDOS A ESTA ADMINISTRACION

Lecciones de latín, idiomas y matemáticas  
M. IAROCHEVSKY

MEJICO 990.

BS. AIRES.

PROXIMAMENTE APARECERA EL LIBRO DE:  
NICOLAS LENIN

## La obra de Reconstrucción de los Soviets

La disciplina en el trabajo. — Los fines y los medios de la Revolución rusa.  
— Democracia y dictadura proletaria.

dial, se contaban en los Estados de Europa y de América 60 millones de mujeres que se ganaban la vida con su trabajo independiente. Durante la guerra ese número aumentó sensiblemente. Casi la mitad de estas mujeres son caridad; y se observa por este detalle lo que es la vida de familia allí donde la esposa-madre está en el trabajo, fuera del hogar, ocho o diez horas integras del día! Su casa, por fuerza es descuidada; los hijos crecer privados de la vigilancia materna, abandonados a sí mismos y, en todos los casos entregados a los peligros de la calle, donde transcurren la mayor parte del tiempo. La mujer, la madre trabajadora, suela sangrar para cumplir tres deberes de una sola vez: entregar horas de trabajo, al par que su comportamiento, en algún establecimiento industrial o comercial; cuidar luego, bien o mal, a su casa y, finalmente, ocuparse de sus hijos. El capitalismo ha colocado sobre las espaldas de la mujer un peso que le aplasta, ha hecho de ella una asalariada, sin haber aliviado su carga de productora y de madre. De tal manera se ve a la mujer plegarse bajo el triple e insostenible peso, que con frecuencia le arranca un grito de dolor sofocado y que las más de las veces le hace verter lágrimas de los ojos.

Los afanes han sido siempre la suerte de la mujer; no existió jamás un destino de mujer más infeliz, más descuidado que el de los millones de mujeres trabajadoras, sometidas al yugo capcioso de hoy día, con el pleno florecimiento de la gran industria.

Cuanto más se generaliza el trabajo asalariado de la mujer, tanto más se descompone la familia. ¿Qué vida de familia es aquella en la que el hombre y la mujer trabajan en la oficina en diferentes reparticiones! Donde la mujer no dispone ni aun del tiempo suficiente para preparar convenientemente la sopa para los suyos! ¿Qué vida de familia, cuando el padre y la madre, durante veinticuatro horas de duro trabajo, no pueden pasar ni algunos momentos con sus hijos! Antes era muy diferente: la madre, dueña del hogar, permanecía en su casa, ocupada en sus quehaceres y con sus hijos, a quienes no cesaba de cuidar con ojo amante. Hoy, la mujer, al salir de casa, al primer silbido de la sirena de la fábrica, la mujer obrera corre al trabajo; y cuando llega la noche, de nuevo, al silbido de la sirena, se apresura a volver al hogar para preparar la sopa familiar y hacer el trabajo de casa más apremiante. Luego un sueño absolutamente insuficiente, y comienza al día siguiente su jornada de obrera. ¡La vida de la trabajadora casada es una verdadera prisión! No hay, pues, porque extrañarse si, en tales condiciones, la familia se desmembra y se descompone, cada vez más. Se observa desaparecer, poco a poco, todo lo que anteriormente hacía a la familia sólida y estable en sus bases. La familia pasa a ser una necesidad, tanto para los miembros que la componen como para el Estado. La antigua forma de la familia se transforma, simplemente, en un fastidio.

¿Qué es lo que hacía fuerte a la familia en el pasado? En primer lugar, que el padre y marido mantenía a la familia; después que el hogar común era igualmente necesario a todos los miembros de la familia, y en fin, en tercer término, la educación de los hijos por sus padres. ¿Qué queda hoy de todo esto? El marido, hemos dicho, ha cesado de ser el único sostén de la familia. La mujer trabajadora se ha transformado, al respecto, en el igual del hombre. Ha aprendido a ganarse la vida, y con frecuencia también, la de sus hijos y la del marido. Queda descuidado el hogar y la educación de los hijos en la más tierna edad. Veamos un poco más de cerca si la familia no está por ser descargada pronto de estos deberes.

## 2.—Los trabajos domésticos dejan de ser necesarios

En otra época toda la vida de la mujer de las clases pobres, tanto en la ciudad como en la campaña, transcurría en el seno de la familia. Fuera de los umbrales del hogar, la mujer no sabía nada y, ciertamente, no quería saber nada. En compensación, en lo íntimo del hogar, ¡cuántas ocupaciones, las más variadas, las más útiles, las más necesarias, no sólo para la familia misma, sino también para todo el mundo! La mujer hacía todo lo que acontecía en la casa: cocinaba, preparaba el alimento, limpiaba el hogar, remendaba las instrumentarias de la familia, pero no solamente hacía esto;

debía satisfacer muchos otros compromisos de los cuales la mujer de hoy día ya no se ocupa. Hacía la lana y el lino, tejía la tela y el paño, tejía las medias, hacía pastetes; se ocupaba, en cuanto lo permitían sus condiciones, de ahumar y salar, fabricaba bebidas caseras y ella misma elaboraba sus velas. ¿Qué no hacía la mujer de una vez? Así transcurría la vida de nuestras madres y de nuestras abuelas. Aún en nuestros tiempos, en nuestras aldeas aisladas en el fondo de la campaña, lejos de los ferrocarriles y de los grandes ríos, pueden todavía encontrarse rincones donde este modo de vivir del buen tiempo antiguo se ha conservado en toda su pureza; donde la dueña del hogar está sobrecargada de esos trabajos que las mujeres obreras de las grandes ciudades y de las aglomeraciones industriales, las populosas no tienen ya idea alguna, desde hace mucho tiempo.

En la época de nuestras abuelas, todo este trabajo doméstico era esencialmente necesaria y útil; de ella dependía el bienestar de la familia: cuanto más resistente a la fatiga era la dueña del hogar, tanto mejor se vivía en esa casa y reinaba en ella más orden y comodidad. El mismo Estado obtenía beneficio de esta actividad de la mujer del hogar, pues, efectivamente, la mujer no se limitaba a preparar sopa con papas, directamente consumida por la familia, sino que sus manos creaban, también, múltiples y ricos productos como la tela, el hilo, la manteca, etc., todas cosas que en el mercado podían ser objeto de venta, y que, por consecuencia, constituyen mercaderías y valores.

Es también cierto, que en tiempo de nuestras abuelas y bisabuelas, el trabajo que realizaban no era valorizado en dinero. Cada hombre, fuera campesino u obrero, buscaba por esposa a la mujer de las «manos de oro», como todavía se dice entre el pueblo, porque los recursos del hombre, por sí solos, sin «el trabajo doméstico» de la mujer, hubiera sido insuficiente para mantener a la futura familia. Sobre este punto los intereses del Estado y los intereses de la nación coincidían con los del marido; más la mujer daba prueba de actividad en el seno de la familia, y creaba productos de toda clase (seda, cueros, lana), cuyo valor se vendía en el próximo mercado; y en consecuencia, por este hecho, la economía del país, considerada en su conjunto, era aún mayor.

Pero el capitalismo ha transformado completamente el modo de vivir. Todo lo que anteriormente se efectuaba en familia, se fabrica, actualmente, en grandes cantidades en los laboratorios y en las fábricas. La máquina ha reemplazado a los hábiles dedos de la mujer. ¿Qué ama de casa se ocuparía actualmente en hacer velas, hilar lana y tejer tela? Todos estos productos se pueden adquirir en el comercio ya confeccionados. Anteriormente, toda joven aprendía a hacer medias. ¿Se ve hoy día a alguna joven obrera tejerse ella misma sus medias? Ante todo, no disponiendo de tiempo, el tiempo es dinero, y nadie quiere derrocharlo improproductivamente, sin obtener de él cierta ventaja. Actualmente toda ama de casa trabajadora, tiene más interés en adquirir las medias ya hechas, que perder su tiempo en hacerla ella misma. Es raro encontrar una obrera que se ocupe hoy en salar el pepino o en preparar conservas, pues en el almacén vecino encuentra los pepinos y conservas ya preparadas. Aunque en el almacén lo hecho y vendido es de calidad inferior y la mercadería inferior de fábrica no vale la elaborada en el hogar por las manos de una ama de casa económica, no es menos cierto que la trabajadora no dispone ni del tiempo ni de las fuerzas necesarias para ocuparse en las cosas de su hogar. Ella es, sobre todo una asalariada que por su trabajo está obligada a descuidar su hogar. Como sea, es un hecho que la familia contemporánea se emancipa, poco a poco, de todos esos trabajos domésticos, sin los cuales nuestras mujeres no podían antes ni figurarse una familia. Lo que anteriormente se fabricaba en familia, hoy es efectuado por el trabajo común de los obreros y obreras en las fábricas y en las oficinas.

La familia consume pero no produce más. Los trabajos esenciales del ama de casa de hoy son cuatro: servicio de limpieza (limpieza de los pisos, cepilladora, suministro de combustible a las lámparas, etc.), cocina (preparación del almuerzo y de la cena); conservación de la ropa blanca y de la instrumentaria de la familia (remiendos y reparaciones).

Trabajos penosos y fatigosos absorben todo el tiempo y todas las fuerzas de la trabajadora que también debe su-

ministrar horas de trabajo a una fábrica. Es también cierto que el deber de nuestras abuelas importaba un número mayor de trabajos. Además revestía un carácter que, falta completamente a los trabajos de la mujer casera de nuestros días, y es que estos han cesado de ser necesarios al Estado desde el punto de vista de la economía nacional. Estos trabajos no crean valores nuevos ni contribuyen a la prosperidad del país.

La mujer—ama de casa—encontrará la manera de transcurrir la jornada, desde la mañana a la noche, limpiando su pobre hogar, lavando y planchando su ropa blanca, y consumiendo en esfuerzos incesantes para mantener en orden sus vestimentas casi gastadas. Tendrá que esforzarse en preparar, con las modestas provisiones que dispone, los alimentos de su agrado, pero llegada la noche, no quedará de su trabajo del día ningún rastro material, y no habrá creado, con sus manos incansables nada que constituya un valor en el mercado comercial. La mujer, ama de casa, podría vivir ella misma mil años, que para ella el mundo marcharía siempre de la misma manera. De nuevo sobre los muebles habría que sacar el polvo, de nuevo tomaría de noche, hambriento el marido al hogar y los niños tendrían sus vestidos manchados de barro.

El trabajo de la ama de casa se convierte, cada día, en algo más inútil y más improductivo. El hogar individual pasa, cada vez más, a ser un estorbo para la sociedad. La mujer trabajadora pronto no se ocupará más de ordenar ella misma su hogar; en la sociedad comunista de mañana, semejante trabajo será efectuado por una categoría especial de obreros, que no harán otra cosa.

Las mujeres de los ricos se han emancipado, desde hace mucho tiempo, de semejante fastidio e ingratas fatigas. ¿Por qué la trabajadora continuará realizándolos? En la Rusia de los Soviets la vida de las trabajadoras debe ser rodeada de las mismas comodidades, de la misma luz, de la misma higiene y belleza que hasta ahora rodearon a las mujeres de las clases ricas. En una sociedad comunista, la trabajadora no empleará sus raras, demastado raras, horas de descanso, en cocinar, visto que en la sociedad comunista existirán restaurantes públicos y cocinas centrales, donde todos podrán ir a tomar su alimento. Lugares semejantes se difundirán por todas partes bajo el régimen capitalista. Efectivamente, desde hace medio siglo, el número de los restaurantes, y de los cafés, en todas las grandes ciudades de Europa, iban en aumento diariamente; brotaban como hongos, después de un temporal de otoño. Pero, mientras bajo el régimen capitalista únicamente las personas de bolsa bien forrada estaban en posibilidad de pagarse sus almuerzos en un restaurant, en la ciudad comunista irá quien quiera a comer en las cocinas y en los restaurantes centrales. Lo mismo acontecerá con el lavado y otros trabajos; la trabajadora no estará obligada a extenderse en un lavadero, ni perjudicarse los ojos para remendar las medias o para reparar la ropa blanca; la trabajadora llevará todas las semanas sus ropas a los lavaderos centrales donde, cada semana las retirará lavada y planchada; será una preocupación menos para la mujer trabajadora. Por otra parte, talleres especiales para la reparación de la instrumentaria permitirán a las trabajadoras consagrar sus noches a lecturas instructivas y a sanas distracciones, en vez de emplearlas, como lo hacen actualmente, en arreglos fastidiosos. Tanto que los últimos cuatro trabajos que quedan todavía, a cargo de nuestras amas de casa, están por desaparecer bien pronto, a su vez, bajo el régimen comunista triunfante. La obrera no estará, ciertamente, en caso de llorarlas. La sociedad comunista desdará el yugo doméstico de la mujer, pero para lograr que su vida sea más rica, más completa, más alegre y más libre.

## 3.—La educación de los hijos corresponde al Estado

¿Pero, entonces, qué quedará a la familia, después que los trabajos del hogar individual hayan desaparecido? También aquí el Estado de los compañeros trabajadores asumirá en ayuda de la ama de casa, la responsabilidad de encargarse gradualmente de todo lo que la instrucción a sus progenitores. Bajo el régimen capitalista la instrucción del niño había cesado de ser un cuidado de los padres: los niños estudiaban en las escuelas. Llegados los ni-

ños a la edad escolar, los padres respiraban; desde ese instante el desarrollo intelectual de su hijo dejaba de ser su preocupación. No obstante, las obligaciones de la familia por los niños no ha concluido; hay que nutrirlos, calzarlos, vestirlos, hacer de ellos trabajadores hábiles y honestos, en posibilidad, a su debido tiempo, de vivir por su propia cuenta y ser el sostén del padre y de la madre, ya envejecidos. Muy raramente la familia obrera lograba cumplir integralmente con todas estas obligaciones respecto de los hijos: salarios demasiado módicos no permitían satisfacer las necesidades de los niños, mientras la falta de tiempo disponible impedía al padre y a la madre consagrar a la educación de la generación naciente toda la atención debida. La familia era llamada a educar a los hijos; ¿pero, en la realidad sucedía así? La calle es la educadora de los hijos de los proletarios; éstos ignoran la dulzura de la vida de familia, dulzura de las cuales gozaban todavía nuestros padres y nuestras madres.

Además, los bajos salarios de los padres, la falta de seguridad y el hambre, conducen al resultado que, contando apenas diez años, el hijo del proletario se convierta a su vez, en un trabajador independiente. Apenas el niño o la niña comienzan a ganar, se sienten dueños de su pequeña persona, de manera que las palabras y consejos de los padres cesan de tener influencia sobre ellos; su autoridad se debilita y cesa la obediencia. Del mismo modo que desaparecen uno por uno los trabajos domésticos de la familia, así también desaparecen todas las obligaciones de ella atingente a los hijos. Semejantes obligaciones, mantenimiento y educación, serán cumplidas por la sociedad, en lugar de los padres. Para la familia proletaria, bajo el régimen capitalista, los hijos, eran, con frecuencia, un pesado e insostenible peso.

También en este caso la sociedad comunista acudirá en auxilio de los padres. En la Rusia de los Soviets, por el Comisariado de Instrucción Pública y por el de Previsión Social, en particular, se efectúan muchas diligencias con miras a facilitar a la familia la misión de la educación y de la elevación de los niños. En las casas para niños, niños, escuelas infantiles, salones, enfermeros y casas de salud para niños enfermos, restaurantes, almuerzo gratuito en las escuelas, distribución de manuales, vestidos de abrigo y calzado a los alumnos de los institutos de enseñanza; ¿todo esto no demuestra abundantemente, acaso, que la infancia sale de la esfera de la familia, que es transferida de las espaldas de los padres a las de la colectividad?

El cuidado de los niños, por parte de los padres, comprendía tres partes diferentes: la parte referente al cuidado propiamente dicha de los niños; la relativa a la educación del niño y, finalmente, la que incumbía a su instrucción. En cuanto a la enseñanza de los niños en las escuelas primarias y más tarde en el gimnasio y en la Universidad, la misión del Estado en la sociedad capitalista. Las necesidades de la clase obrera, sus condiciones de vida, obligaban imperiosamente, también, a una sociedad capitalista a la creación de todo un sistema de institutos de instrucción para la juventud; campos de juego, escuelas infantiles, casas para niños, etc., etc. Cuanto más los obreros tenían conciencia de sus derechos y mejor estaba organizado el Estado, tanto más la sociedad se mostraba pruriosa de librar a la familia del cuidado de los hijos. Pero la sociedad burguesa tenía, a este respecto, salir demasiado al encuentro de los intereses de la clase obrera, y contribuir con semejante medio, a la descomposición de la familia. Los obreros no ignoran que la antigua familia, con el hijo esclavo y el hombre responsable del mantenimiento y del bienestar de la familia — es el mejor medio para emborzar el esfuerzo proletario en pro de la libertad, para debilitar el espíritu revolucionario del trabajador y de la trabajadora. El pensamiento de la familia dobla la espalda obrera, obliga a transigir con el capital. ¿Qué no harían un padre y una madre cuando los hijos tienen hambre? Diferentemente de la sociedad capitalista, que no ha sabido transformar la educación de la juventud en una obra realmente social, en una obra de Estado, la sociedad comunista considera a la educación social de las jóvenes generaciones como la base misma de sus leyes y de sus costumbres, como la piedra angular del nuevo edificio. No es la antigua familia, con su egoísmo y egoísta, con sus litigios entre parientes, con la exclusiva preocupación de los suyos, que se formará el hombre de la sociedad de mañana; está por formarse el

hombre nuevo de la sociedad nueva con obras socialistas como: los campos de juego, los jardines y muchas otras, donde el niño transcurrirá la mayor parte de su jornada y donde sabios educadores harán de él un comunista consciente de la grandeza de esta sagrada divisa: solidaridad, compañerismo, ayuda mutua y devoción por la colectividad.

Pero entonces, librada la educación, la enseñanza, ¿qué restará de las obligaciones de la familia con respecto a los hijos, sobre todo después que ésta se verá igualmente librada de la mayor parte de las preocupaciones materiales a que da lugar un niño, a menos que no se trate, del cuidado de un niño que todavía necesitara del seno materno o que vacila, prendiéndose de las polleras de la madre? También aquí interverrá el Estado comunista. ¿Qué vemos hoy día? La antigua familia se descompone. No más niñas madres abandonadas con los niños en los brazos! El Estado de los trabajadores se propone asegurar la subsistencia de toda madre, — sea ésta legítimamente unida o no — hasta que amamante a su recién nacido; de crear, por todas partes, casas de maternidad; de fundar, en todas las ciudades, en las aldeas, asilos de infancia y otras instituciones similares, permitiendo, de tal manera, a la mujer servir útilmente al Estado y ser madre al mismo tiempo.

Las madres trabajadoras pueden estar seguras: la sociedad comunista no se dispone a quitar el niño a sus padres, ni arrancar al pequeño del seno de la madre; y tampoco abriga la intención de recurrir a medios violentos para destruir a toda costa la familia. ¡Nada por el estilo! Estas no son las miras de la sociedad comunista. ¿Que vemos hoy día? La antigua familia se descompone, se libra poco a poco de todos los trabajos domésticos que constituían los pilares de la familia en cuanto a familia se refiere. ¿El hogar? También ha cesado de ser una necesidad. ¿Los hijos? Los padres proletarios no se hallan en posibilidad de cuidarlos; no pueden asegurarse ni la subsistencia, ni la educación. Situación esta, de la cual sufren en igual medida, parientes y niños. La sociedad comunista va al encuentro del obrero y de la obrera para decirles: «Vosotros sois jóvenes, os amáis. Cada uno tiene derecho a la felicidad. Vivid, pues, vuestra vida. No escapéis a la felicidad, no tengáis temor al matrimonio que para el obrero y la obrera de la sociedad capitalista era realmente una cadena. Sobre todo no temáis, sanos y jóvenes como sois, de proporcionar a la patria nuevos trabajadores, nuevos hijos ciudadanos. La sociedad de los trabajadores necesita de nuevas fuerzas de trabajo, y salud la venida al mundo de todo recién nacido. No os preocupéis del porvenir de vuestro niño; él no padecerá ni de hambre ni de frío, no será infeliz ni abandonado a su destino, como habría acontecido bajo el régimen capitalista».

Una ración de subsistencia y cuidados solícitos le están asegurados al hijo y a la madre en la sociedad comunista, por el Estado de los trabajadores, apenas un niño llega al mundo. Será nutrido, educado e instruido por la patria comunista, cuidándose bien de arrancarlo de esos parientes que no quieren participar en la educación del niño. La sociedad comunista echará sobre sí el peso que ocasionaría la educación de los niños, pero mantendrá las alegrías paternales, las satisfacciones maternales a los que se encuentran aptos para comprender y gustar de tales alegrías. ¿Puede esto llamarse destrucción de la familia con medios violentos o separación forzada del niño de la madre?

No es el caso decir: la antigua familia ha cumplido su ciclo, el Estado comunista no tiene la culpa; las nuevas condiciones de la vida son sus causas. La familia era de ser necesaria al Estado, como en el pasado; al contrario, ella sustrae inútilmente a las obreras de un trabajo más productivo y mucho más serio. No es ya necesaria a los miembros mismos de la familia, puesto que la misión de la educación de los niños, que a ella pertenecían, pasa, cada vez más, a la colectividad. Sobre las ruinas de la antigua familia, pronto se verá surgir una forma nueva, que implicará otras relaciones entre el hombre y la mujer y que entrañará la unión del afecto y del compañerismo, la unión de dos miembros iguales de la sociedad comunista, ambos libres, independientes y trabajadores. ¡No más servidumbre doméstica de la mujer! ¡No más desigualdad en el seno de la familia! No más temor de la mujer de parecer necer sin sostén ni ayuda, con los pequeños en los bra-

zos, si el marido la abandona. La mujer de la ciudad comunista no depende más de su marido, sino de su trabajo. No es su marido, sino sus brazos de obrera, quien la mantiene.

No más angustia por la suerte de sus hijos. Es el Estado de los trabajadores quien se encarga de ellos. El matrimonio será purificado de todo el lado material, de todo cálculo de dinero, esta odiosa plaga de la vida de familia de nuestros días. El matrimonio se transforma, entonces, en esa asociación sublime de dos almas que se aman, que tienen fe uno en el otro, que promete a todo trabajador a toda trabajadora la más completa, el máximo de satisfacción que pueda corresponder a seres conscientes de sí mismos y de la vida que los rodea. La unión libre será fuerte por el espíritu de compañerismo que la inspirará en lugar de la esclavitud conyugal del pasado; he aquí lo que le proporcionará al hombre y a la mujer la sociedad comunista de mañana. Una vez que las condiciones de trabajo sean transformadas, la seguridad material de los trabajadores aumentará, y después que el matrimonio es librado de la iglesia — este matrimonio que se dice indisoluble pero que en el fondo no es más que una unión chérica — después que este matrimonio, decimos, haya cedido su puesto a la unión libre y sincera del hombre y de la mujer, amantes y compañeros, se verá desaparecer otro vergonzoso flagelo, otro espantable mal que deshonra a la humanidad y que hiera a la obrera hambrienta: la prostitución.

Este mal nosotros lo debemos al régimen económico vigente, a la institución de la propiedad privada. Abolida ésta, la trata de mujeres desaparecerá a su vez.

Las mujeres de la clase obrera no se afilgen, pues, a ver la familia actual condenada a desaparecer. Harían mejor saltando con alegría la autora de la nueva sociedad que libertará a la mujer de la servidumbre doméstica, que aliviará el peso de la maternidad y en la cual se verá, por fin, cesar la más terrible de las maldiciones que gravita sobre la mujer y que se llama la prostitución.

La mujer, llamada a luchar por la gran obra de la redención de los obreros, debe saber comprender que en la ciudad nueva no deberá existir lugar para las divisiones. «Estos son mis niños: a ellos toda mi atención materna y mi afecto. Estos son tus niños, y aquellos de la vecina y no me importa nada. Me bastan los míos!» Ya, la trabajadora madre, consciente de su misión social, debe elevarse al punto de no hacer diferencias entre los *tuos* y los *míos*; debe recordar que existen únicamente *nuestros* hijos, los de la ciudad comunista, común a todos los trabajadores.

El Estado de los trabajadores necesita de una nueva forma de relaciones entre los sexos. El afecto restringido y exclusivo de la madre para sus hijos debe engrandecerse para abrazar a todos los niños de la gran familia proletaria. En lugar del matrimonio indisoluble, basado sobre la esclavitud de la mujer, nacerá la unión libre, fuerte, por el mutuo amor y respeto de dos miembros de la ciudad del trabajo, iguales en sus derechos y en sus deberes. En el lugar de la familia individual y egoísta, surgirá la gran familia universal obrera, donde todos los trabajadores hombres y mujeres, serán, antes que todo, hermanos y compañeros. Tales serán las relaciones entre el hombre y la mujer en la sociedad comunista de mañana. Estas nuevas relaciones asegurarán a la humanidad todas las alegrías del amor libre, embelecido por la verdadera igualdad social de los dos esposos, alegrías ignoradas por la sociedad mercantil del régimen capitalista.

Amplitud para los niños prósperos. Florecientes; amplitud para la juventud vigorosa, enamorada de la vida y de sus alegrías, libre en sus sentimientos y en sus aspiraciones. Tal es el símbolo de la sociedad comunista. En nombre de la igualdad, de la libertad y del amor libre, llamados los obreros y a las obreras, a los campesinos y a las campesinas, a emprender valerosamente y con fe la obra de construcción de la sociedad humana, con el propósito de hacerla más perfecta, más justa y apta para asegurar al individuo la felicidad que merece. Las banderas rojas y la revolución social que, después de Rusia, otros países desplegarán al viento, nos anuncian el próximo advenimiento del paraíso terrestre al cual, desde hace siglos, aspira la humanidad.

ALEJANDRA KOLONTAY  
Ex Comisario de Salud Pública

## Un libro notable

“El Fuego”, de Henry Barbusse

En este libro, de singular simplicidad y de verosimilitud sin reparos, se describe cómo hombres de diferentes naturas, pero de igual inteligencia, se exterminan unos a otros; cómo esos hombres aniquilan los frutos de un arduo y magnífico trabajo secular, transformando iglesias, palacios y casas en montones de escombros, destruyendo ciudades, aldeas y viñedos, devastando millares de kilómetros de terreno, que fue evidentemente cultivado por sus padres y que ahora se encuentra sembrado de astillas de hierro y envenenado por la carne putrefacta de inocentes asesinados.

Y estos hombres, que se abandonan a tan insensata ocupación de autoexterminio y aniquilamiento de todas las conquistas de la cultura, estos hombres, que son capaces de juzgar todo lo que existe: sus nervios y su cuerpo, que conmueva su corazón y su mente, ruegan a Dios, ruegan sinceramente y — como describe uno de los héroes del libro — de manera «tídotamente igual» después de lo cual reanuda, de manera «igualmente idiota», el acto salvaje del suicidio. El lector encuentra en este libro la descripción de un oficio divino de alemanes y franceses, quienes creen con igual sinceridad, que en el sangriento y alborotado oficio de la guerra «Dios está con nosotros».

Y dicen después: «Para el buen Dios es todo lo que nosotros hacemos aquí, sobre la tierra».

Y estos héroes, estos mártires, estos fraticidas, se preguntan entre ellos:

«¿Cómo puede este Dios, infundir en todos los hombres la creencia que él está con nosotros y no con los otros?»

Con candida simplicidad, como niños, piensan y hablan estos hombres en el mismo instante en que uno arroja la sangre del otro:

«¿Si existe un Dios, un Dios bueno y misericordioso, no habría frío?»

Y mientras razonan así, estos mártires continúan asesinandose.

«¿Por qué? ¿Por cuál razón? No lo saben. Pero dicen de sí mismos:

«¡Ah, nosotros no somos malos! Somos únicamente tan infelices y tan miserables! Además, estúpidos, demasiado estúpidos!» No obstante convenir en ello, no cesan de ejercitar el vergonzoso y criminal oficio de la destrucción.

El cabo Bertrand observa más que los otros, y habla en lenguaje de un sabio:

«El porvenir! — grita improvisadamente con voz profética. — Con qué ojos nos mirarán los que vendrán después de nosotros sobre la tierra y cuya alma, al fin será colocada en equilibrio por el progreso, tan inevitable como el destino? ¿Con qué ojos observarán estos asesinados y nuestros heroísmos, de los cuales hasta nosotros, que lo realizamos, no sabemos si debemos compararlos con el gesto de los héroes de Plutarco y de Cornelio o con el gesto de los *apaches*?... ¡Sin embargo! Sin embargo existe un hombre, existe una figura que se ha elevado por encima de la guerra que, eternamente, irradiará belleza y honra!»

Apoyado sobre su bastón, inclinado sobre él, yo escuchaba, literalmente saboreando las palabras, que, en el silencio de la noche, salían de esos labios casi siempre mudos. Con voz clara exclamó:

«Liebsknecht!»

Se levantó con las manos juntas. Su bello rostro, que conservará la seria expresión de una estatua, se inclinó y repitió:

«El porvenir! El porvenir! La misión del porvenir es preparar el presente, borrarle de la memoria de los hombres como algo repugnante y oprobioso. Sin embargo, este presente es necesario! ¡Si, necesario! ¡Caiga la vergüenza sobre el oficio de las armas, que transforma a los hombres, ora en víctimas sin cerebro, ora en verdugos atroces!»

«Si, vergüenza! Sin embargo, es cierto, es demasiado

cierto; cierto para la eternidad, pero no todavía para nosotros. Se convertirá en verdad, cuando será señalada entre otras verdades, que únicamente más tarde lograremos comprender cuando nuestro espíritu se transfigurará. Ahora, en este instante, esta verdad es casi un error: esta máxima sagrada es únicamente una blasfemia!»

«¡Río con una risotada particularmente sonora; y, todo meditando continuo:»

«Una vez, les dije que creo en los presagios, pero únicamente para animarlos e inducirlos a marchar hacia adelante».

Este hombre tranquilo, valeroso, que es venerado por todos los hombres de su compañía y que pronuncia semejantes palabras, nos conduce a la masacre insensata y muere sobre el campo rodeado de cadáveres humanos, en descomposición.

En todo esto se manifiesta estridente y empedernida, una contradicción homicida, que hace del hombre un instrumento privado de voluntad, reduciéndolo a una máquina estomacal que parece haber sido creada por una potencia maligna y tenebrosa para servir a sus propósitos diabólicos.

Estos desventurados héroes son cordialmente queridos; pero en realidad, parecen leprosos, que llevan plantado continuamente en su fuero interno un conflicto entre el intelecto y la voluntad. Parece que su intelecto tiene el suficiente vigor para colocarse en posibilidad de poner fin a esta repugnante carnicería, para poner término al delito perpetrado contra el mundo entero. Pero... carecen de voluntad; y mientras comprenden toda la repugnancia del asesinato y en el fondo de su alma lo niegan, continúan asesinando y destruyendo. Concluyen por morir en el fango y en la sangre.

«Las batallas son ganadas con nuestras manos», dicen. Nosotros servimos de material de guerra. Este material consiste completamente, exclusivamente, en el cuerpo, y en el alma de los soldados simples. Somos nosotros quienes aplomamos cadáveres sobre las llanuras y llenamos de sangre los ríos. Todo esto es lo que hacemos, si bien cada uno de nosotros sea algo invisible y taciturno. Demasiado grande, en efecto, es nuestro número. Ciudades devastadas, aldeas destruidas; he ahí los desiertos que nos han perdido o que nosotros hemos dejado. Si, todo esto somos nosotros; y solamente nosotros!»

«Si, es cierto. La guerra... son los pueblos, y sin ellos no existiría nada, excepto quizás un recíproco cambio de palabras. No son ellas quienes deciden la guerra, sino quienes sobre ellos dominan.»

«Los pueblos actualmente combaten para deshacerse de estos gobiernos. Esta guerra no es más que la continuación de la revolución francesa.»

«En este caso resultaría que nosotros obramos también para los Prusianos.»

«Queremos esperar, que lo hagan también para ellos — conviene uno de los mártires.»

«Los pueblos no son nada, pero deberán ser todo — observo en este instante un hombre que me miraba interrogativamente; con esto recibe una máxima histórica, para él desconocida, y que fue pronunciada hace cien años. Encomiague que estas palabras cobraron finalmente, un gran sentido, de importancia mundial.»

«Yo este infeliz que apenas caminaba sobre el fango, levanté el rostro, que parecía el de un leproso y miró con avidez en lontananza, en el infinito.»

«¿Qué ve? Creemos que debe ver a una posteridad libre, razonable y de fuerte voluntad.»

Este libro horripilante, pero emocionante, ha sido escrito por Henry Barbusse, que personalmente ha vivido todos los horrores y toda la locura de la guerra.

No es el libro magnífico de un genial León Tolstoy, cuyo espíritu observaba la guerra a la luz del pasado le-

iano. No es la obra lamentable de una Berta Sttuner «Abajo las armas», no es una obra, escrita con buenos propósitos, pero incapaz de convencer a cualquiera o de hacerle cambiar de parecer.

Es un libro simple como el Evangelio, lleno de intuición profética: es el primer libro, que habla de la guerra de manera sencilla, austera, tranquila y con la fuerza necesaria de la verdad. No contiene descripciones románticas de la guerra, que pinten con todos los colores del arco iris el vulgar terror sanguinario.

Barbusse describe la guerra como un trabajo, como un trabajo grave y común, aplicado a la recíproca destrucción de hombres completamente inocentes; de únicamente culpables de su estupidez. En su libro no existen cuadros de batallas heroicas y poéticamente trazadas; no existen narraciones del valor de los soldados. El libro de Barbusse está lleno de austera poesía de la verdad; describe el coraje del pueblo, el coraje de centenares de millares, de millones de hombres consagrados a la muerte, y la destrucción de los pueblos por obra del gran traidor: el Capital.

El demonio, que real e incansablemente obra entre nosotros, es el principal personaje del libro de Barbusse. Destruyendo a millones de hombres con el falso esplendor de las ideas y las doctrinas de asesinado, de la avaricia, de la envidia y del egoísmo, ese demonio ha conducido a millones de hombres a los fértiles campos de Fraucia, y allí, desde las raíces, en el curso de cuatro años, destruyen todo lo que ha creado el trabajo durante casi dos

siglos, para convencerse, una vez más, que el peor enemigo del hombre, es su falta de voluntad y de razón.

Barbusse ha comprendido, más hondamente que nadie, la naturaleza de la guerra, y, cual el anunciador de un nuevo Evangelio, ha demostrado a los hombres sus desviaciones.

Cada página de este libro semeja el golpe de maza de la verdad asustado sobre todo ese tejido de mentiras, hipocresías, crueldad, abyección y sangre, que se llama la guerra. Este libro obscuro es terrible en su despiadada verdad: por doquier irradia en las tinieblas, por él descriptas, la luz de una nueva concepción; y esta luz — nosotros lo creemos — recorrerá bien pronto todo el mundo como llama de purificación del mundo de toda abyección, de toda mentira, de toda hipocresía, sembrada por el demonio del capital.

Los hombres, de quien habla Barbusse comienzan negando atrevidamente el poder de Dios sobre el hombre, y este es un indicio seguro que bien pronto sentirán cuán delictuoso es el poder del hombre sobre sus semejantes.

Nosotros vivimos en una época trágica. Es insuperablemente grave. No obstante estamos en vísperas del florecimiento de las buenas fuerzas del hombre para crear y trabajar libremente. Esta es la verdad: ella debe recomfortarnos, debe vigorizar nuestras fuerzas y debe infundirnos valor.

MÁXIMO GORKI.

(Traducido de la revista italiana «Comunismo»)

El sábado 10 de Mayo, a las 6 de la tarde, los comunistas y amigos de la subsección se presentaron como soldados al trabajo, se colocaron en línea y sin más, fueron conducidos a sus puestos por su jefe de cuadrilla.

Los buenos resultados obtenidos por tal trabajo revolucionario se destacan claramente. El siguiente cuadro muestra el género y la calidad del trabajo efectuado:

Oficinas	Género de Trabajo	Horario	Trabajo efectuado
Moscú:—Oficina principal para las locomotoras.	Carga de materiales para las reparaciones de locomotoras y parte de vagones en Perawo, Murom, Alatir y Sisran.	48 obreros a 5 horas: 240 horas. 21 obreros a 3 horas: 63 horas. 3 obreros a 4 horas: 12 horas.	Cargado: 7,500 puds. Descargado: 1,800 puds.
Moscú:—Depósito de pasajeros.	Reparaciones complicadas en la locomotora del tren Trotzky, etcétera.	27 obreros a 5 horas: 135 horas.	Reparada una locomotora y media.
Moscú:—Centrales para el abastecimiento.	Reparaciones corrientes de locomotoras.	24 obreros a 6 horas: 144 horas.	Dos locomotoras dispuestas para emprender viaje, y cuatro reparadas en algunas partes.
Moscú:—Depósito de vagones.	Reparaciones corrientes en los coches de tercera clase.	12 obreros a 6 horas: 72 horas.	Dos vagones de tercera clase.
«Perowo»:—Oficinas principales para vagones.	Reparaciones a vagones y otras pequeñas reparaciones.	El primer Sábado: 46 obreros a 6 horas: 276 horas. El Domingo: 23 obreros a 5 horas: 115 horas.	Doce vagones de carga, cubiertos, reparados y dos descubiertos.
	Total:	204 obreros: 1057 horas	Reparadas 4 locomotoras, 16 vagones. Carga y descarga: 9,300 puds.

## La disciplina del trabajo del proletariado en la Rusia de los Soviets

### Los Sábados Comunistas

La prensa soviética — escribe Lenin — nos trae muchos ejemplos de actos de heroísmo realizado por soldados de la Guardia Roja.

En defensa de las conquistas de la revolución contra Koltchak, Denikin y otros mercenarios de latifundistas y capitalistas, los obreros y campesinos realizaron repetidamente milagros de valor y de perseverancia.

No menos dignos de admiración son los esfuerzos heroicos de los obreros en el interior del país. Sobre tal aspecto es de grandísima importancia la institución de los sábados comunistas debidos a la iniciativa de los obreros.

La institución de los «sábados» ha comenzado hace poco, pero su realización es de extraordinaria importancia: señala el comienzo de una nueva revolución, de una revolución en medida todavía mayor que la revolución «sobrenatural», más material, más radical y sólida que el simple derrocamiento de la burguesía. En efecto, ella significa la victoria de las clases obreras mismas sobre la ociosidad, el desorden, el grosero egoísmo burgués y sobre aquellas costumbres que la anarquía del capitalismo ha dejado como herencia a los obreros y campesinos. Únicamente la consolidación de esta victoria, y ello de por sí, se encuentra en posibilidad de asegurar la creación de una nueva disciplina pública y socialista, de tornar imposible la vuelta al capitalismo y convertir al comunismo en algo verdaderamente invencible.

¿Qué son los «sábados»?

A principios de Mayo de 1919 el Comité Central del Partido Comunista de Rusia publicó un manifiesto dirigido a los obreros, en el cual se exponía la necesidad de descubrir nuevos métodos de trabajo productivo, y la institución de nuevas costumbres revolucionarias en lugar de las viejas, transmitidas por el capitalismo. Cuales fueron los efectos inmediatos de tal prolema, lo dice el siguiente artículo del «Pravda», órgano central del Partido Comunista de Rusia.

En su número del 17 de Mayo, publicaba un artículo bajo el título: «Los Sábados de los obreros revolucionarios,

comunistas». Ese artículo trae la primer respuesta de los obreros comunistas al grito lanzado por el Partido. Da mos aquí un extracto de ese artículo.

«El comunicado del Comité Central del Partido Comunista ruso acerca del trabajo revolucionario ha proporcionado un estímulo potente a las organizaciones comunistas y a los comunistas mismos. Muchos obreros ferros viarios se trasladaron al frente con igual impulso, pero la mayor parte cree imposible abandonar su puesto lleno de responsabilidades, para buscar allá nuevos campos de actividad verdaderamente revolucionaria. Las relaciones obtenidas sobre la lentitud con que se realizaba la obra de movilización, indujo a la subsección de los obreros ferroviarios de Moscú-Kasan a dirigir su atención sobre el estudio del mecanismo de la administración de los ferrocarriles. Se llegó, entonces, entre otras cosas, a descubrir que a raíz de la irregularidad y de la poca intensidad del trabajo efectuado se habían retardado importantes disposiciones, y trabajos urgentes de reparaciones de locomotoras.

En la asamblea general de los Comunistas y amigos de la subsección del ferrocarril Moscú-Kasan efectuada el 7 de Mayo, se presentó la solicitud de un cambio en los métodos de trabajo, de un pasaje de las palabras a los hechos en la participación en la lucha contra Koltchak. Fue aprobada la siguiente resolución:

«En vista de las graves condiciones internas y externas producidas por la lucha en pro de la derrota de nuestros enemigos de clase, nosotros, comunistas y amigos de los obreros ferroviarios, debemos hacer un nuevo esfuerzo, substrayendo una hora a nuestro reposo diario, o sea prolongando una hora la jornada de trabajo. Trabajando el sábado durante 6 horas seguidas, lograremos obtener así un éxito inmediato. Considerando que, en la defensa de las conquistas revolucionarias, los comunistas no deben cuidarse ni de su salud ni de su vida, el trabajo debe ser efectuado gratuitamente. En toda la subsección deben instituirse sábados comunistas, hasta tanto no se haya obtenido una victoria completa sobre Koltchak».

Después de algunas vacilaciones, la revolución fué aprobada por unanimidad.

El gasto total de estos trabajos hubiera ascendido con salarios normales a 5,000 rublos, al cual se agregaba la mitad por horas extraordinarias. La intensidad del trabajo en la carga superó al 270 por ciento. El trabajo restante fué efectuado con una intensidad cercana a la normal.

De tal manera los retardos en la ejecución de encargos urgentes causados por la deficiencia del trabajo disminuyeron. El trabajo fué continuado a despecho de algunas imperfecciones, fácilmente reparables, que entretuvieron algunos grupos durante 30 o 40 minutos.

A la administración encargada de la vigilancia del trabajo, apenas le quedaba tiempo para preparar un trabajo ulterior, y quizás no fuera exagerada la observación de un viejo capataz, quien sostenía que en un sábado comunista se había efectuado el trabajo de toda una semana.

El 10 por ciento de los comunistas eran empleados regulares, los otros ocupaban puestos de responsabilidad o de confianza de la clase obrera en el ferrocarril y otros comunistas eran empleados de los sindicatos y miembros de la administración del comisariado de transportes.

El celo y el sentimiento de solidaridad en este trabajo alcanzó un grado hasta ahora nunca visto. Una vez, cuando todos los obreros empleados y directores se hallaban ocupados, como un enjambre de abejas diligentes, en torno a un enorme cilindro de más de 40 puds, que se debía trasladar a su puesto, de ese trabajo se desprendió un común sentimiento de alegría que nos llenó de seguridad en el triunfo de la clase obrera. Los explotadores del mundo entero, no podrán detener durante mucho tiempo la victoria de los obreros.

Quien asistió a la conclusión de ese trabajo, fué testigo de una escena en cuya descripción las palabras son demasiado pobres. Cerca de cien comunistas que habían participado en el mismo y en cuyos ojos brillaba el orgullo de la tarea cumplida, saludaron el resultado prorrumpiendo triunfantes con el canto de la «Internacional». Se tenía la sensación de que las ondas del himno victorioso atravesaban las altas paredes y llegaban al Moscú trabajador

para extenderse sobre toda la Rusia en son de despertar a los reacios y a los pusilánimes.

En un artículo del «Pravda», del 20 de Mayo, el compañero I. K. pasa una revista retrospectiva a este ejemplo tan admirable y escribe: «No son raros los casos semejantes de trabajos efectuados por comunistas. Conozco casos de estaciones eléctricas y de varias estaciones ferroviarias. En la estación de Nicolajewsk, los comunistas trabajaron durante algunas noches enteras para reparar una locomotora inservible. De invierno todos los comunistas y amigos de las secciones ferroviarias trabajaban los domingos para librar a los rieles de la nieve. Con el objeto de poner fin a los robos realizados en trenes de carga, los círculos comunistas organizaron en varias estaciones de carga, rondas nocturnas, siendo este trabajo efectuado ocasional y no sistemáticamente. Nuestros compañeros de Kasan han empleado en este trabajo, por primera vez, sistema y constancia.

Decidieron continuar en esa forma hasta que sea obtenida la victoria completa sobre Koltchak».

Semejante ejemplo encontró imitadores, y en lo sucesivo deberá servir de aguijón. Los comunistas y los amigos del ferrocarril Alessandrowski, en vista de la situación militar y de la resolución de los compañeros de Kasan, decidieron lo siguiente:

1.º Introducir en el ferrocarril Alessandrowski los sábados comunistas; 2.º Organizar entre los comunistas y amigos de la sección, brigadas obreras que muestren a los obreros cómo debe trabajarse y lo que es posible hacer con el material que actualmente se posee, con los instrumentos y los géneros alimenticios.

Grande fué la influencia del ejemplo de nuestros compañeros de Kasan. La masa de los obreros «no organizados» comienzan a pensar y a decir: «Si hubiésemos sabido esto ayer, hubiéramos ido probablemente, también, nosotros...» «El sábado próximo iremos con seguridad». Así comienza ya a hablarse. El efecto obtenido por los obreros en tal sentido es verdaderamente grandioso.

Nuestros compañeros de Kasan clausuraron sus primeros

sábados comunistas al canto de la Internacional. Si las organizaciones comunistas de toda Rusia siguen su ejemplo y realizan su obra con intensa energía, la República de los Soviets, superará las dificultades de los meses próximos entre los ensordecedores cantos de una Internacional entonada por todos los obreros revolucionarios».

El «Pravda», del 23 de Mayo de 1919, anuncia que el ferrocarril Alessandrowski celebró su primer sábado comunista el 17 de Mayo. Según la resolución aprobada por la asamblea general, los comunistas y los amigos de la sección, trabajan cinco horas extraordinarias sin remuneración, únicamente con el permiso de tomar un segundo alimento, en el que se le asigna un cuarto de kilo de pan, en virtud de ser trabajadores de fuerza. Aunque el trabajo hubiera sido insuficientemente preparado y organizado, la producción alcanzó al doble y al triple del trabajo ordinario.

Daremos algunos ejemplos:

«Cinco hornos efectuaron en cuatro horas 80 espirales; la intensidad del trabajo alcanzó, en comparación con el normal, al 203 por ciento, 20 peones recogieron en 4 horas 600 puds de material usado y 70 carros de piedras, cada una de las cuales pesaba 3 puds y medio; en total: 850 puds. La intensidad del trabajo fué del 300 por ciento.

Los compañeros explican lo que acontece diciendo que, ordinariamente llegan al trabajo cansados y con mala gana, mientras «este trabajo» es efectuado con placer y entusiasmo. En adelante, dicen los obreros, se avergonzarán de hacer menos en los días ordinarios, que en los sábados comunistas. Muchos miembros que no son compañeros de Partido, se muestran deseados de participar en los sábados. Brigadas obreras son enviadas afuera a tomar una locomotora del «cuartier», la montan y la ponen en movimiento en un solo sábado.

Según comunicaciones llegadas, tales sábados serán instituidos también sobre la línea Viassma.

El compañero A. Diatschenko en el «Pravda» de 17 de Julio describe detalladamente el desarrollo de un sábado. Reproducimos la parte esencial de ese artículo aparecido bajo el título de «Noticias del Sábado»:

«Junto a otro compañero, yo me preparaba, lleno de alegría, al trabajo del Sábado, de conformidad a las deliberaciones adoptadas por la subsección del ferrocarril, y para descansar mi mente dando trabajo a mis músculos... Nuestro trabajo se hace en la repartición de tornos que se encuentran sobre la línea ferroviaria. Una vez llegados, encontramos allí a viejos conocidos. Apretones de manos, palabras chistosas se cambian aquí y allá... En todo sumamos unos 30. Delante de nosotros existe una caldera a vapor para locomotora, bastante pesada; cerca de 60-70 puds.

Un verdadero «monstruo». Por lo que nos dicen, debemos trasladarla en un cuarto de hora a una distancia de un cuarto o un tercio de Werst, hasta las vías del ferrocarril. ¿Podremos hacerlo? Después de algunos minutos nos encontramos en la obra. Debajo de la caldera se colocan dos rollos de madera, atados luego por gruesas cuerdas; y resistente, pero segura, la caldera comienza a caminar adelante. El solo sentimiento de hallarnos así, pobres, nos produce gran placer. ¿No es quizás esa misma caldera con la cual han luchado durante dos semanas enteras dos o tres veces, tantos compañeros de trabajo, y que resistió a todos los esfuerzos y esperanzas que vivitimos nosotros? En efecto! Pasa una hora, ocupada en el trabajo y la fatiga, acompañada por la aguda voz del capataz: «uno, dos, tres...»

Pero inusitadamente, ¿qué acontece? un buen número de compañeros han caído a tierra. Hemos sido engañados, naturalmente, por nuestra cuerda. Atrala de nuevo a la caldera es trabajo de un minuto. Comienza el crepesculo, un pequeño esfuerzo más y el trabajo estará concluido. Nuestras manos están rígidas y hinchadas. Todos sudamos.

«La administración», allí presente, se muestra llena de admiración por nuestro éxito, instintivamente, el compañero posa la mano sobre el cable: «Es tiempo que tú también ayudes!» Allí cree se encuentra un soldado rojo. ¿En qué piensa? ¿Se preguntará acaso, qué clase de gente somos? ¿Qué hace aquí el sábado, mientras los otros se encuentran placidamente en su casa? Viene en sus manos un arroyano, ¿en qué pensaré? Me dispongo a llamarle su atención. Compañero, ¿le he escrito —, ¿quieres sonar algo bueno? Tú debes saber que nosotros no somos obreros co-

munes, sino verdaderos comunistas. ¿No ves que nuestro trabajo se hace con rapidez? ¡Nosotros no somos haraganes! Lenta y meditativamente el compañero prepara su arroyano, y de un salto se encuentra a nuestro lado.

Nuestros músculos están doloridos y nuestras espaldas arden por el esfuerzo inusitado. Pero mañana será nuestro día de descanso, dormiremos y venceremos al cansancio. Además la meta está cercana; un empuje todavía, y el «monstruo» ha llegado sobre los carriles. Lo colocamos debajo de nuestras palancas, y a la caldera sobre los rieles; ahora que haga ella el trabajo largo tiempo esperado. Luego nos trasladamos todos al club del Comité del Partido: se trata de un ambiente bien iluminado, en el cual penden los fusiles de caza. Aquí se entona fragorosamente la «Internacional» y nos recomfortamos el estómago con té y hasta con pan. Nuestros compañeros del lugar han organizado este acto en honor nuestro y en realidad; ¿qué fiesta podría proporcionarnos mayor satisfacción después de nuestro pesado trabajo? Somos objeto de una fraternal despedida, y sobre la calle formamos un cortejo. En el silencio de las calles desiertas resuenan cantos revolucionarios acompañados por la cadencia de nuestros pasos. «Despertaos, malditos de esta tierra!»

Ha transcurrido una semana y las manos y espaldas han descansado, y he aquí de vuelta nuevamente al camino de un nuevo sábado, éste vez para reparar vagones a nueve millas de aquí, en Perawo. El vagón «americano» está lleno de compañeros, una parte está sobre el techo, y canta a pulmónes llena la «Internacional». La gente en el vagón escucha con evidente sorpresa. Lentamente las ruedas comienzan a moverse y los que no pudieron llegar sobre el techo, permanecen prendidos sobre las escaleras del «americano». Así llegamos a la meta de nuestro viaje, y después de haber recorrido somos recibidos cordialmente por nuestro compañero, el comisario B.

Trabajo no falta y hay poca gente. En todo seremos unos 30, y en seis horas deben ser reparados media docena de vagones. Aquí y allá, dispersas, se encuentran muchas tuercas. Algunos vagones se hallan vacíos, mientras otros se encuentran cargados. No importa, compañeros, haremos todo...

El trabajo se efectúa velozmente. Cinco de mis compañeros y yo trabajamos en los techos. Ruedas que pesan 60-70 puds, son trasladadas con rapidez a fuerza de espalda y de palanca. Un par se levantan, otro es colocado en su sitio. Para cada objeto se encuentra su sitio y todos los trastos viejos se conducen a lo largo de los rieles en remesas, y a la voz de uno, dos, tres, se levanta con las palancas, y poco después librado de los rieles. De lejos se oye a través del crepesculo, el sonar de los martillos. Nuestros compañeros se encuentran con tanto celo en el trabajo en torno al vagón «enfermo», que observándolos, el pensamiento acude al recuerdo de las abejas. Levantar, limpiar, cubrir los techos, todo esto se hace con tanto celo, con tanto fuego, que nuestro compañero comisario está contentísimo, y nosotros radiantes. Luego, también los hermanos nos necesitan.

El trabajo llega a su término, anochece, y las antorchas envían su luz. Junto a un montón de ruedas se encuentra sentado un pequeño grupo de compañeros; se alimentan con té caliente. Es una fresca noche de Mayo, y de luna creciente. En el aire resuenan motes chistosos y risotadas; se percibe un sano olor. Concluye, compañero B, trece vagones son suficientes». No obstante, el compañero B. cree que ha hecho poco. Después de haber bebido nuestro té entonamos nuestros cantos y nos disponemos a retirarnos. El movimiento que tiene por objeto la organización de sábados comunistas, no se limita únicamente a Moscú. El «Pravda», del 5 de Junio, escribe:

El 31 de Mayo se efectuó en Tver el primer sábado comunista. Los comunistas trabajaban en el ferrocarril. Se cargó y descargó vagones, tres locomotoras salidas de las oficinas, 70 pilas de leñas partidas; se realizaron otros trabajos. La intensidad del trabajo de los compañeros obreros fué en 13 veces superior a la intensidad del normal.

Más tarde leemos en el «Pravda», del 18 de Julio: «Sábados comunistas! Saratov, 5 de Junio. Los obreros ferroviarios comunistas, en contestación al llamado de sus compañeros de Moscú, han tomado en la asamblea general la siguiente decisión: efectuar todos los sábados cinco horas de trabajo extraordinario sin remuneración, a fin de beneficiar a la economía nacional».

Desde entonces se reciben continuamente noticias de sa-

bados comunistas, instituidos en todas las localidades de Rusia. Obreros ferroviarios, de fábricas y otros comunistas se encuentran en la obra para preparar en todas partes tales fiestas de trabajo comunista, realizado por obreros no afiliados al Partido y por la joven generación. He aquí, por ejemplo, dos telegramas:

Witebsk, 1.º de Agosto. — El último sábado reunió a más de 500 personas; 150 miembros de la Guardia Roja tomaron parte, y muchos soldados del Ejército Rojo se unieron a la Guardia Roja, mientras ésta se trasladaba al trabajo.

El resultado obtenido fué extraordinario. También tuvo

lugar el primer «sábado» de la joven generación roja, en el cual participaron 50 jóvenes».

Vladimir, 2 de Agosto. — En la estación Vladimir, cerca de Nischgorod, se organizó el 9 de Agosto un «sábado», del cual participaron los componentes de los cursos de caballería sovietista, en total 52 personas, que descargaron durante tres horas, siete vagones ferroviarios conteniendo pan y otras mercancías.

(Continuará).

Essevia, 13 de Agosto, 1919.

(De la revista «Comunismo»).

## La iniciativa de los Soviets para concertar la paz con Polonia

### Nota del Gobierno de los Soviets Rusos a Polonia

(Moscú, Febrero 4 de 1920).

(Radiotelegrama del 1.º de Marzo publicado en el «Soviet Russia», de Nueva York).

#### AL PRESIDENTE PILSUDSKI

### El Consejo de los Comisarios del Pueblo de la República Rusa de los Soviets, al Gobierno y Pueblo de Polonia:

**Declaración:** Depende completamente de Polonia el resolver si quiere llegar a una conclusión que podrá tener la más fatal influencia sobre la vida de los pueblos por muchos años. Todo indica que los extremos imperialistas de la Entente del bando de los agentes o adherentes de Churchill y Clemenceau intentan en esta hora por fútiles motivos, envolver a Polonia en una guerra criminal contra la Rusia de los Soviets. Conscientes de su gran responsabilidad ante las masas laborosas de Rusia y inspirado en el más serio anhelo de evitar nuevos e infinitos sacrificios como también las desgracias y la ruina que amenaza a ambos pueblos, el Consejo de los Comisarios del Pueblo anuncia lo siguiente:

1.º Que la política de la República Federal Socialista Rusa con respecto a Polonia, no está dirigida por fortuitas y temporarias combinaciones diplomáticas o militares, sino por el derecho inviolable de cada nación a determinar su propio destino. El Consejo ha reconocido y continúa reconociendo incondicionalmente y sin reservas la independencia y soberanía de la República de Polonia. Desde el primer día de su existencia el Estado Polaco gozaba de este reconocimiento.

2.º El Consejo de los Comisarios del Pueblo declara de nuevo, como lo hizo en tiempos de la última propuesta de paz a Polonia, (Diciembre 22), por el Comisario del Pueblo para las Relaciones Exteriores, que el Ejército Rojo no cruzará la actual línea fronteriza de la Rusia Blanca que pasa por los siguientes puntos: Drissa, Drisna, Polotsk, Borysov, Poriche y las estaciones de ferrocarril del Pityek y Biolocotoviche.

En lo que se refiere al frente ucraniano, el Consejo de los Comisarios del Pueblo declara en nombre propio y en nombre del gobierno provisorio de Ucrania, que los ejércitos de la República Federal de los Soviets no emprenderán ninguna operación militar, más allá del actual frente, es decir, de la línea que pasa cerca de Godov, Pilava, Berezhna y la ciudad de Bar.

3.º El Consejo de los Comisarios del Pueblo declara que la República de los Soviets no ha concluido ningún acuerdo o tratado con Alemania o cualquier otro país

directa o indirectamente contrario a Polonia y que la naturaleza del espíritu de la política internacional del poder de los Soviets excluye el menor deseo de obtener ventajas de los posibles conflictos entre Polonia y Alemania o cualquier otro país con el propósito de atacar la independencia de Polonia o la inviolabilidad de su territorio.

4.º El Consejo de los Comisarios del Pueblo encuentra que en cuanto se refiere a los intereses entre Polonia y Rusia no existen cuestiones de naturaleza territorial u otras que no pudieran ser arregladas pacíficamente por medio de arbitrajes, concesiones o acuerdos mutuos como se hizo en el caso de las negociaciones con Estonia. El Consejo de los Comisarios del Pueblo ha encargado al Comisariado para las Relaciones Exteriores que obtenga en la próxima sesión del Comité Ejecutivo Central de Rusia de Febrero, la ratificación solemne de las bases arriba mencionadas de la política de la Rusia de los Soviets hacia Polonia por la institución suprema de la República.

El Consejo de los Comisarios del Pueblo, cree de su parte que con la actual categórica declaración ha cumplido con su deber en lo que atañe a los intereses pacíficos de los pueblos de Rusia y de Polonia, y tiene confianza y espera que todas las cuestiones pendientes todavía entre Rusia y Polonia pueden ser resueltas por acuerdo amistoso.

(Firmado): Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo,

ULIANOV-LÉNIN.

Comisario para las Relaciones Exteriores, Chicherin.

Comisario Naval y Militar

TROZKY.

II

### Nota del Gobierno Ucraniano de los Soviets a Polonia (Febrero 23).

En su manifiesto a los gobiernos y pueblos de todo el mundo, de Febrero 19, el Gobierno de los Soviets de Obreros y Campesinos de la República Ucraniana, ensalza la importancia de concluir un tratado de paz con la República Polaca en interés de los dos gobiernos y de los dos pueblos.

Desando dar nuevas pruebas de su intención de estr-

blecer relaciones de buena vecindad con la República Polaca, el gobierno ucraniano de Obreros y Campesinos acepta la línea de demarcación propuesta por su aliada la República Rusa de los Soviets, sobre la cual el Ejército Rojo Ruso o Ucraniano, ha cesado su persecución de las guardias blancas y de los Petrusistas en el territorio ucraniano, lo cual fue comunicado mediante la proposición de paz hechas por la República Rusa de los Soviets.

### Disensiones artificiales

Las relaciones anómalas existentes entre los dos gobiernos puede solamente ejercer la más lamentable influencia sobre los intereses económicos y políticos de Polonia y de Ucrania, igualmente impidiendo el establecimiento de relaciones comerciales entre ellos y perpetuando las disensiones nacionales que han sido oficialmente creadas por los enemigos de los dos pueblos, envolviendo a los dos gobiernos en una serie de gastos militares y sembrando la semilla de futuros conflictos.

El triunfo tres veces repetido del poder de los obreros y campesinos en Ucrania, es la mejor prueba que sólo él será sostenido por las masas ucranianas y que sólo él tiene profundas raíces no sólo en las ciudades, sino también, en la campaña ucraniana y que el reconocimiento por Polonia de algún poder que se llamaría asimismo ucraniano distinto del de los Obreros y Campesinos, representado por el Comité Ejecutivo Central de Ucrania y por un Consejo ucraniano de Comisarios del Pueblo (El gobierno actualmente existente entre la cuenca del Donetz hasta el Dniester), fallará al efecto de la conclusión de una paz durable que pueda garantizar las relaciones normales entre los dos Estados.

### Intervención Aliada

Cualquier otro paso puede solamente excitar el odio contra la República Polaca como lo hubieran hecho los pasos dados por el gobierno imperialista de la Europa central o por los gobiernos de la Entente para imponer por medio de la ocupación militar un gobierno inaceptable para el pueblo ucraniano, el cual hubiera respondido a tal agresión mediante la insurrección armada.

Preparado como está para luchar contra cualquier violación de la voluntad de las masas trabajadoras de Ucrania, expresada en una serie de levantamientos generales, primero contra la Rada Ucraniana, después contra la ocupación alemana, más tarde contra el Hetman Skoropadsky, y, finalmente, contra el Directorio — el gobierno de Obreros y Campesinos, surgido de estos levantamientos, — crees que las diferencias de la forma de gobierno existentes entre Polonia y Ucrania no es un obstáculo a la conclusión de la paz.

### Ningún deseo de agresión

Repetiendo claramente su intención expresada en su manifiesto a todos los pueblos y gobiernos de no ejercer en lo más mínimo una política agresiva en contra de sus vecinos y de no intervenir de ninguna manera en los asuntos internos de otros Estados contra los deseos de su población, el gobierno ucraniano de la República de los Soviets y de Obreros y Campesinos dirige al gobierno polaco una propuesta formal para entrar en negociaciones al objeto de concluir la paz y espera la respuesta de Polonia.

Firmado: RACOVSKY

Presidente del Consejo de Comisarios de la Rep. Ucraniana

## Hacia Petrogrado

El 30 de Enero un grupo de cuatro corresponsales de diarios: dos noruegos, un sueco y yo, dejamos a Estocolmo para dirigirnos a Rusia. Hicimos el viaje con los miembros de la delegación del Gobierno Ruso de los Soviets, a cuya cabeza se encontraban Vorodski y Litvinov, que volvían después de la ruptura de las relaciones oficiales por Suecia. Algunos meses antes, yo había obtenido la autorización de los bolsheviks de ir a Rusia para buscar nuevos materiales para mi historia de la Revolución, pero a último momento surgió una oposición, y parecía verosímil que el permiso me fuese refusedo. Felizmente un ejemplar del *Morning Post* llegó a Estocolmo; contenía el resumen de una conferencia de Mr. Lockhards, en la cual este último había dicho que por razón de mi ausencia en Rusia durante seis meses, yo no tenía razón de hablar del estado de cosas allí reinante. Armado de este documento, hice valer que sería injusto no dejarme entrar en Rusia para ver las cosas con mis propios ojos. Entonces no me opusieron dificultades.

Tomamos primero el vapor hasta Abó, abriendo camino a través de los helos; tomamos después el ferrocarril hasta la frontera rusa. El viaje duró varios días a consecuencia de retardos que nos eran explicados de diversos modos por las autoridades finlandesas. Nos dijeron que la guardia blanca rusa había decidido atacar el tren. Litvinov preguntó semisonriéndose si dejaban de intento a la guardia blanca el tiempo para organizar tal ataque. Algunas personas nerviosas se inclinaban hacia esta opinión. Pero en Viborg nos dijeron que había grandes desórdenes en Petrogrado y que los finlandeses no querían echarnos en medio del tumulto. Alguien llegó, en fin, a procurarse un diario y leímos un relato detallado de lo que pasaba. Este relato, como me enteré de vuelta, fue debidamente transmitido por telegrama a Inglaterra como tantas otras noticias del mismo carácter: «Una sublevación sería en Petrogrado. El regimiento Semenovski se pasó del lado de los insurrectos, que se apoderaron de la ciudad. El gobierno llegó, sin embargo, a escapar a

Cronstätt, de donde se estaba bombardeando a Petrogrado con piezas de marina».

Eran noticias muy interesantes, pero como no podíamos hacer nada con ellas, terminamos el partido de ajedrez que comenzamos en el vapor. Lo ganó un estonio, y yo era el segundo, gracias a una feliz ventaja sobre Litvinov, quien en realidad juzga mejor que yo. El domingo por la tarde llegamos a Terioki y el lunes nos pusimos en marcha lentamente hacia la frontera de Finlandia, en Bielsotrov. Un destacamento de soldados finlandeses se encontraba allí, encargado de custodiar la entrada a la estación y de velar de que no penetrase ningún revolucionario peligroso en el territorio finlandés. Como no hubo carbón, trajeron tres trineos de mano en los cuales nos otros apilamos nuestros equipajes; después nos pusimos en marcha a pie hacia la frontera, debidamente escoltados por los finlandeses. Un teniente finlandés marchaba a la cabeza del cortejo; de excelente humor, charlaba en sueco y alemán, como un hombre que piensa que conviene ser amable con una banda de Besragciados que dentro de un instante van a ser arrojados en una caldera hirviente. Marchamos algunos centenares de metros a lo largo de la frontera, después chocamos con un camino cubierto de nieve que atravesaba un pequeño bosque desnudo, para bajar, en fin, a un pequeño puente de madera tirado sobre un estrecho arroyo helado que separa a Finlandia de Rusia. Este puente, de menos de veinte metros de ancho, posee una barrera de peaje y dos garitas de centinelas en los dos extremos. Del lado ruso la barrera está pintada de negro y blanco, como en los tiempos del viejo imperio ruso; la garita pintada con los mismos colores. Los finlandeses no tenían aparentemente tiempo para pintar su barrera y su garita.

Habiendo los finlandeses levantado su barrera, el oficial finlandés que conducía nuestra escolta avanzó solemnemente hasta la mitad del puente. Allí volcaron en montón nuestro bagaje mientras que nosotros estábamos observando el estrechamiento del pequeño puente que ce-

día al peso de nuestros efectos, pues todos nosotros habíamos llevado tantos vivres cuanto podíamos llevar decentemente con nosotros. A ninguno de nosotros le fue permitido subir al puente antes que un oficial y algunos soldados llegaron a nuestro encuentro del lado ruso. Sólo la pequeña Nina, la hija de Vorovsky, de diez años de edad, que charlaba en sueco con los finlandeses, obtuvo su autorización para pasar allí y tímidamente, paso a paso, atravesó el puente y trabó conocimiento con un soldado del Ejército Rojo que estaba allí, fusil en mano, y se inclinó obsesivamente para mostrarle el escudete de su gorra: la hoz y el martillo cruzados de la República de los Campesinos y Obreros. En fin, el teniente finlandés tomó la lista de sus prisioneros y pasó llamada: «Vorovsky, su mujer y una chica», dijo él, echando por sobre sus espaldas una mirada sonriente hacia Nina que flirtaba con el centinela. Después llamó a Litvinov, y así sucesivamente a todos los rusos, cerca de treinta. Los tres visitantes Grimlund, el sueco, Puntervold, y Stang, noruegos y yo, llegamos al final. Atravesando el puente pasábamos de una filosofía a otra, de un extremo de la lucha de clase a otra, de la dictadura de la burguesía a la dictadura del proletariado.

El contraste era inmediatamente visible. Del lado finlandés habíamos visto la nueva estación fronteriza que era grandiosa y mucho más amplia de lo que se necesitara alguna vez, pero que traducía muy bien el espíritu de la nueva Finlandia. Del lado ruso llegamos a la misma estación de madera vieja y del color gris que conocen todos los viajeros que van a Rusia o que parten de ella por la mezcla de todos los idiomas que en ella se hablan y por las dificultades de pasaporte. No había allí changadores, lo que no era sorprendente, porque existía un alambrado de púa y una especie de neutralidad hostil a lo largo de toda la frontera, aunque el tráfico ha cesado prácticamente. En el buffet hacía mucho frío; no se podía conseguir comprar nada. Las largas mesas otrora cargadas de caviar y de otros *szakuski*, estaban vacías. Pero hubo un samovar y nos dieron te a sesenta céntimos el vaso y terrones de azúcar a dos rublos cincuenta. Tomamos nuestro te en la sala de pasaportes, a donde creo que la estufa estuvo calentada el día anterior. Hicimos allí una especie de comida con los bizcochos suecos de Puntervold.

Me es difícil traducir la curiosa mezcla de depresión y alegría que experimenté en nuestro pequeño grupo en medio de esta estación abandonada y de la banda de nieve que tenía, sin embargo, la sensación que ya no estábamos más vigilados y que podíamos hacer más o menos lo que queríamos. El grupo se dividió en dos partes, una derramaba lágrimas, mientras que la otra cantaba. La señora Vorovsky, que no estuvo en Rusia desde la primera revolución, lloraba con lágrimas vivas; pero lloraba aun más en Moscú, en donde halló que siendo esposa de un alto funcionario de gobierno, no gozaba de los privilegios que le hubieran ahorrado las privaciones de las masas. En cuanto a la juventud del grupo, comprendiendo a Litvinov, tenía un humor completamente desbordante de alegría, aún no habiendo alcanzado a pasarse por la aldea, jugaban con los niños y cantaban, no cantos religiosos, sino simplemente, cantos alegres, todo lo que les pasaba por la cabeza. Cuando, al fin, llegó el tren que debía llevarnos a Petrogrado y encontramos a los vagones sin calentar, uno de nosotros tomó el mandolín y nos recalcantamos diziendo. Sentía, sin embargo, tristeza pensando en los cinco niños que estaban con nosotros, porque sabía que un país que sufre a la vez de la guerra, del bloqueo, y de la revolución, no es un sitio bueno para la juventud. Pero ellos estaban contagiados del humor de sus padres revolucionarios, que volvían a su país en revolución, e iban y venían con animación a lo largo del vagón o se sentaban sobre las rodillas de unos y otros.

Reinaba la obscuridad cuando llegamos a Petrogrado. La estación de Finlandia estaba, bien entendido, casi desierta, pero había allí cuatro porteros que podían doscientos cincuenta rublos para transportar nuestro bagaje de un extremo de la estación a otro. Nosotros mismos lo cargamos sobre el camión automóvil que fue mandado a nuestro encuentro, del mismo modo que lo habíamos cargado en Bielsotrov, en un furgón. Como tuvimos que esperar mucho antes que encontraran piezas para nosotros en diversos hoteles, salimos de la estación algunos viajeros, y yo para informarnos entre la gente acerca de la revuelta y el bon-

bardeo de los cuales se nos había hablado en Finlandia. Nadie sabía nada. Desde que las piezas nos fueron asignadas y que supe que tuve la suerte de obtener una en el Astoria, me puse en marcha, atravesando el río helado, por el puente Litviny. Los tranvías circulaban. La ciudad parecía completamente tranquila y sobre el río abajo, reconocí en las tinieblas — que no son nunca completas — a causa de la nieve — la silueta que había llegado a Astoria y descubrí uno a uno los sitios que había recorrido y recorrió tan bien durante los últimos seis años: el Jardín de Verano, la Embajada Inglesa, y la Gran plaza del Palacio que recorrían autos blindados durante la insurrección de Julio, donde acampaban soldados en las cálidas jornadas del asunto Korniloff y donde anteriormente Korniloff mismo había pasado revista a los junkers. Mi imaginación me llevaba a la revolución de Marzo y veía de nuevo en un rincón de la plaza, los fuegos del vivac de los revolucionarios, esa noche cuando los miembros del gobierno zarista que quedaban, estaban en tren de imprimir con ardor las proclamas ordenando al pueblo el retorno a sus casas: en el momento mismo cuando ellos estaban sitiados en el Almirantazgo. Y mi espíritu se remontaba aún más atrás, al día de la declaración de la guerra, cuando ni a esta misma plaza, llena de gente, que venía a presenciar el momento de la aparición del zar en el balcón del Palacio. Pero en este momento llegábamos ante el Astoria, y tuve que dedicar mi atención a otra cosa.

El Astoria tiene ahora el aspecto de un cuartel desalojado, pero relativamente limpio. Durante la guerra y la primera parte de la revolución, fue ocupado principalmente por oficiales; pero a consecuencia de la imbecilidad de algunos de ellos, en la época de la primera revolución, que habían reparado sobre una muchedumbre de marineros y soldados, me refugio en pasadizos, que habían llegado solamente con la intención de invitar a los oficiales a reunirse con ellos, el inmueble había sido seriamente dañado en el tumulto que le siguió. Me acuerdo haber fijado un cartel junto con el mayor Scale, que anunciaba la toma de Bagdad la noche que había seguido o tal vez precedido al acontecimiento. La gente se precipitaba para leerlo pensando que contenía novedades de la revolución, pero después volvía la espalda con impaciencia. Todos los deterioros habían sido reparados, pero los tapices rojos habían desaparecido tal vez para ser transformados en banderas; en cuanto a las lámparas eléctricas no ardían más, probablemente a causa de la falta de corriente. Subí mi equipaje a una pieza muy agradable situada en el cuarto piso. Cada piso del hotel evocaba recuerdos. Aquella pieza fue habitada por un valiente oficial reaccionario, quien se jactaba de haber realizado un raid contra los bolsheviks y mostraba el pequeño sombrero de la señora Kolontai en calidad de trofeo. En aquella otra, yo iba a escuchar a Percival Gibbon, cuando él explicaba cómo se debe escribir pequeños cuentos y cuando sufría de influenza. Aquí está la pieza donde Miss Beatty convidaba con té a los revolucionarios fatigados y a la gente más fatigada todavía que se entregaba a una encuesta sobre la revolución, mientras que ella misma escribía el único libro aparecido hasta el día, que da un verdadero cuadro impresionista de estas jornadas involuables (1). Al lado se halla la pieza donde este pobre Denis Garstin tenía la costumbre de hablar de sus futuras partidas de caza cuando terminara la guerra.

Desando hacerme servir la cena, comprobé que no había nada para comer en el hotel y que podían darme solamente agua caliente. Para hacer venir el sueño fui a dar un pequeño paseo, aunque vacilante en hacerlo, dado que yo tenía solamente un pasaporte inglés y nada más, atestiguando que tenía derecho de permanecer aquí. Me habían prometido papeles como a los otros extranjeros, pero no los he recibido todavía. Me fui hasta la Regina, uno de los mejores hoteles de la capital, antiguamente, pero de aquellos de los nuestros que tenían piezas allí se quedaban tan amargamente, que no me quedé con ellos, yo me puse a seguir la Moika hasta la Perspectiva Nevsky y entré en mi hotel. Las calles, como el hotel, estaban solamente semi-iluminadas y había pocas casas alumbradas. Con el viejo sobretodo forrado con piel de chivo que yo llevaba en el frente y con mi alta gorra de piel daba la

(1) «El Corazón Rojo de la Rusia», publicado en Norte América.

impresión de un resucitado del antiguo régimen que visita una ciudad muerta hace mucho tiempo. El silencio y el desierto de las calles contribuyen a producirme esta ilusión. Y sin embargo, las raras personas que encuentro me encuentran conversando animadamente y los raros trineos y autos que pasaban, dejaban bastante buena pista, pues las

calles estaban ciertamente mejor barridas y mejor limpiadas que durante el último invierno de la época del imperio ruso.

ARTHUR RANSOME.

(Del libro: «Seis semanas en Rusia, en 1919»)

## Notas sobre la Revolución bolshevikí

Petrogrado 30-12 de Noviembre de 1917.

M. Albert Thomas, diputado (Champigny-sur-Marne).

Mi querido amigo:

Un choque violento se ha producido hoy entre las tropas de Kerensky y los bolshevikí. No hay nada decisivo por el momento, pero Trotzky me confirmó esta tarde su confianza cada vez más fuerte en la victoria. Kerensky no resiste a los regimientos letones, las mejores tropas bolshevikí que recién se han adherido al ejército insurrecto. Pronto será envuelto y obligado a capitular.

Después de la lucha sangrienta de ayer, Petrogrado ha recobrado una calma absoluta, protegida por numerosos destacamentos bolshevikí que circulan de nuevo. Confesamos con excepción de algunos hechos aislados el orden público está más asegurado que antes de la revolución. El número de asaltos ha disminuido sensiblemente. El Comité de Salvación Pública ha fracasado y está abandonado; evidentemente se equivocó contando con el cansancio de las guardias rojas y el sentimiento anti-bolshevikista de la población.

La ciudadana Kollontai, ministro de Salud Pública, me expuso recién la gravedad de la crisis política.

La poderosa unión de los ferroviarios, dueña de las vías de comunicación, cuya posesión solamente permitiría la victoria del nuevo gobierno, cualquiera que sea, se esfuerza en llevar a los bolshevikí y menshevikí a concesiones mutuas que permitirán la creación de un ministerio de concentración socialista. Kamenev cree en la posibilidad de un ministerio Chernov, en el cual entrarían cuatro bolshevikí, cuatro defensistas y dos internacionales. Tengo la impresión, después de algunas conversaciones, que Lenin y Trotzky estarían bastante dispuestos a renunciar a toda cartera para conservar su plena libertad de acción y de crítica y poder evitar las responsabilidades, cuyo peso temen. Sé que en los medios aliados tratan de excluirlos del gobierno a formarse. Carezco de información para apreciar los argumentos de orden moral que pueden hacer deseable la exclusión del ministerio de los dos grandes jefes bolshevikí. Pero parece evidente, ajustado a la buena política que sería hacer obra prudente el incorporarlos al gobierno. Realmente serían infinitamente menos peligrosos dentro que fuera. Si el ministerio no contara más que con los bolshevikí de segundo plano y si la experiencia fracasara — lo que es tanto más posible y cuanto que una crisis de los abastecimientos como el pan, el carbón, etc., está amenazando para en breve — Trotzky y Lenin fuera del gobierno conservarían toda la autoridad moral sobre las masas populares y podrían ponerse a la cabeza de un nuevo movimiento.

El diario de Gorki anuncia que en Moscú las tropas gubernamentales que han combatido a los bolshevikí (hay más de mil muertos) estaban apoyados por los soldados franceses. De otra parte corre el rumor que un oficial francés había sido hecho prisionero el domingo en Petrogrado, en un auto blindado que hacia fuego sobre los bolshevikí. No tengo necesidad de decirle qué efecto lamentable produciría aquí esta intervención francesa en la lucha, política interna, si ella se hubiera realmente producido. Me plúyeran desde la embajada que fuera al Smolny, Trotzky no sabe nada exactamente. Me prometió enviar esta tarde un emisario a Moscú. Me comunicará urgentemente los resultados de la encuesta. Me dijo que estaba convencido de la perfecta buena fe del comandante francés en estos asuntos. No es menos cierto que bromas como la arriba

mencionada pueden costar muy caro a las Misiones Aliadas y a la colonia francesa y a Francia.

JACQUES SADOUL.

Petrogrado, 31-13 Noviembre de 1917.

M. Albert Thomas, diputado (Champigny-sur-Marne).

Mi querido amigo:

La calle está perfectamente tranquila. Hecho increíble: durante la semana sangrienta, gracias al puño de fierro y a la organización pujante de los bolshevikí, los servicios públicos (tranvías, teléfonos, telégrafos, correo, transportes, etc.) no han cesado nunca de funcionar normalmente. El orden jamás ha estado mejor asegurado.

Únicamente poco más o menos, los funcionarios y la burguesía murmuraron, los ministerios huelgan. Pero Trotzky les compelerá rudamente al cumplimiento del deber, una vez que Kerensky haya capitulado, es decir, dentro de algunas horas, sin duda, y después que las medidas tomadas en provincia hayan producido su efecto, habrán enseñado a todos que la insurrección bolshevikí es capaz de romper todas las resistencias.

La jornada del domingo costó cara a los dos partidos. Más de 2000 muertos en Petrogrado, se dice. Un número más elevado aún en Moscú, donde la batalla se presentaba con un salvajismo espantoso. Los depósitos de alcohol habían sido saqueados. Bandas de borrachos, de malhechores, la hez de los arrabales, pillan, incendian, mientras que la tropa, antes gubernamental y bolshevikista se emborracha.

En la ciudad continúan esperando, contra toda esperanza, la derrota de los insurrectos. La lucha fratricida ha exasperado a los más indiferentes. Los menshevikí apoyados por los partidos moderados y de la derecha, claman su indignación... por no haber tenido éxito. Ellos no pondrán la mano sobre la mano ensangrentada de los asesinos. A lo cual los insurrectos responden que los menshevikí han fomentado el golpe del domingo, que ellos solos llevan la responsabilidad de la sangre vertida, que los partidos moderados, habiendo predicho abiertamente la masacre de masimalistas, no tendrán vergüenza de besar las manos de Kerensky, de Savinkov y Kaledin, rojas de sangre bolshevikí y que, a la larga los bolshevikí son bastante fuertes para pasarse, hoy día, sin el apoyo que ellos sollicitaban ayer y que les negaban con miserables chisnadas. Yo preveía todo esto y es por eso que reclamo, desde hace cinco días, un acuerdo menshevikí-bolshevikí. Actualmente no vamos hacia él. Los síntomas del conflicto se agravan entre los dos partidos. La coalición será, desde hoy y por largo tiempo, difícil a cimentar.

Cada día de crisis hace desiluzarse a Rusia un poco más hacia el abismo y permite al enemigo acumular fuerzas, cada vez más considerables en el frente occidental. Este punto de vista no parece interesar, por lo demás, a ningún ruso; bolshevikí, menshevikí o reaccionario.

Yo he llevado ayer a Lancharak, bolshevikí de la derecha, ministro, o mejor dicho, comisario del Pueblo para la Instrucción Pública a lo de Destrée; muy vivamente interesado el ministro de Bélgica me pidió que le concertara una entrevista con Trotzky, quien es el jefe de la insurrección, su alma de acero, mientras que Lenin es, más bien, su teórico.

Como el tiempo pasa, yo he fijado la entrevista para esta tarde. He aquí que oficio de introductor de embajadores al Smolny. Quiera el cielo que estos señores se re-

suelvan pronto, por las personas interpuestas a lo menos, a mirar de este lado. Ellos hubieran comprendido, sin duda, que en lugar de imponer a Kerensky una resistencia torpe, hubiera sido preferible dejar a este desgraciado que se deslizará como lo empujara su oportunismo natural, hacia este partido nuevo, de cuya popularidad creciente él se había dado cuenta.

Es fácil profetizar, después del acontecimiento, que se podría evitar lo inevitable. Yo creo sinceramente que era posible ahorrar esta insurrección y maniobrando hábilmente, quitarles a los bolshevikí la mayor parte de sus soldados. Estoy seguro, más todavía, que se podía ahorrar, evitando tomar estúpidamente partido contra ellos, el rencor legítimo de los insurrectos.

Destrée parece haberse sentido muy pronto. Smolny ha recobrado sensiblemente su fisonomía de los primeros días. Entrada más fácil, corredores animados, alumbrado de fiesta. Sesiones del Soviet de Petrogrado. Trotzky nos recibe en triunfador. Los menshevikí están atemorizados por el fracaso de anteayer. Kerensky está perdido. El Kremlin sitiado capitalará pronto. La provincia se abandona, pedazo a pedazo. Una sola mancha sombreá el Mediodía. Más Kaledin está lejos, y su turno llegará. ¡Que de victorias... en el interior! Trotzky nos deja entender que los otros, los verdaderos, contra el enemigo común, vendrán, puede ser, si nosotros renunciamos, en tiempo útil, a una oposición distamulada, y si aceptamos la política de colaboración condicional, que nuestras democracias tienen el deber de proponer a la Rusia revolucionaria.

Yo no encuentro más al camarada cordial, hasta confiado, que he visto esta tarde todavía. El ministro de Asuntos Extranjeros de Rusia concede audiencia al Embajador de Bélgica que, no obstante, va allí simplemente, en socialista, con el pretexto de reclamar su automóvil requisado, injustamente y pedir algunas explicaciones sobre los acontecimientos de Moscú a los cuales algunos belgas habrían estado mezclados.

Verdaderamente, de este primer contacto con la diplomacia extranjera, Trotzky encuentra la manera de conducirse. Una manera un poco fuerte, sin embargo, un poco altanera. Nervioso, cortés, hábil en equivar las respuestas directas cuando una cuestión le causa lo embarazo, Trotzky está visiblemente resuelto a no hacer ninguna concesión de fondo o de forma, y en dos horas, él no hará ninguna.

Las victorias tan fáciles, que acaba de conseguir en el interior, no lo predisponen nada a la conciliación. El bolshevikismo es muy fuerte. Desde que por la acción de su fuerza, él habría convencido a los más incrédulos de su solidez, el ministerio se constituirá por sí mismo y los menshevikí o se someterán ó quedarán en la puerta corridos e impotentes.

Trotzky quiere que la vida normal vuelva en Petrogrado. Va a tomar las medidas más thránicas para obligar a los funcionarios, comerciantes, etc., que oponen todavía su fuerza de inercia, a que cumplan con su deber.

El está igualmente convencido que podrá, sino impedir, a lo menos atenuar las consecuencias trágicas de una crisis de aprovisionamiento, cuya responsabilidad integrada recae sobre los gobiernos anteriores.

Después Trotzky aborda las cuestiones de la política general. No desconoce el peligro mortal que encierra el triunfo del imperialismo alemán. Después del elogio generoso que Destrée hace de la Francia, él cae sobre nosotros, después sobre todos los gobiernos aliados y enemigos.

Resumo solamente lo que él ha inscripto en nuestro pasivo. El no es más tierno sino más lapidario con nuestros adversarios. Cierto, el ama al pueblo francés más que a todo otro pueblo, ¡pero que sarcasmo dirige a los jefes socialistas! ¿Que desden para nuestra burguesía egoísta, que el está igualmente convencido que la mayoría de al-banqueros de compañía y de notarios provinciales. República y demócratas solamente hasta su entrada en el Palacio Borbón. Imbéciles, ignorantes, vanidosos, que tiemblan delante de un Poincaré, de un Ribot, de un Barthou y prontos para las peores estupideces desde que agitan ante sus ojos algún papel diplomático. Son estos demócratas quienes dieron al zar en 1905 los miles de millones que le faltaban para estrangular a la primera revolución.

Son ellos otra vez o sus apoderados los que durante ocho

meses usaban alternativamente la persuasión y la amenaza y que se sirvieron del débil Kerensky para impedir al pueblo ruso recoger los frutos que ha madurado la segunda revolución.

Son los mismos hombres, en fin, que dudaban ayer a Korniloff, que apoyarán mañana a Savinkov y a Kaledin y que dirigen una campaña que no es de ningún modo de discusión de ideas, sino de calumnias abyectas contra los bolshevikí más puros.

Ellos se arrastraban sobre el vientre, ellos, los hijos de generados de la gran revolución, ante el Kunt. Durante dos años de guerra han soportado todas las horfodas, han cargado con todas las vergüenzas del zarismo, con todas las traiciones de ministerios germanófilos. Estalla la revolución rusa y todo cambia. Estos lacayos no quieren tomar en cuenta la pesada herencia que recoge el pueblo ruso; las clases dirigidas, incapaces, venales, miran cada vez más hacia Alemania. La máquina social, el ejército, todo está en descomposición. El trabajo a realizar es formidable.

Los medios materiales, intelectuales, morales hacen falta. Sin embargo, los lacayos aliados se enderezan. Ellos vuelven a los señores altivos, despreciadores de la libertad. Los demócratas occidentales hacen todos los esfuerzos imaginables para detener la marcha vertiginosa de la joven democracia socialista, demasiado amenazadora para los privilegios capitalistas, de los cuales son defensores conscientes o inscientes.

Ningún revolucionario ruso puede olvidar esto y la experiencia amarga permite a los bolshevikí afirmar la mala fe incurable de las clases dirigidas de todos los países y decir que la sociedad de las naciones, el arbitraje, la reducción de armamentos no son sino expedientes inventados por los capitalistas para mantener su mala dominación sobre el proletariado.

Contra la futura guerra, y contra la guerra presente, hay un solo remedio: la revolución social, que pondrá al poder en manos de los trabajadores. Trotzky está seguro que la revolución social está en tren de realizarse en Rusia y de la medida de sus fuerzas él la empujará muy adelante, en etapas rápidas. El sabe que no podrá ir hasta el fin, pero mejorará una huella y un ejemplo contagioso que será seguido pronto por el proletariado de toda la Europa.

«A condición — observa Destrée — que tuvieras la fuerza militar, pues ella es la única capaz de evitar una victoria alemana, la cual sería la justificación del imperialismo y la quiebra de la democracia».

Trotzky reconoce que una paz de sumisión sería un fracaso para la revolución, a lo menos por algún tiempo. La victoria de la Entente es imposible, pero cree en una resistencia suficiente contra los imperios centrales, en una neutralización de fuerzas, en un agotamiento general de las dos coaliciones. A pesar de las objeciones de Destrée sostiene que una información sería le permite contar en el curso de la guerra, con un estallido de la revolución alemana.

En todo caso, si los fines de la guerra de los aliados son revisados, si se concluye que Alemania se rehúsa a discutir sobre bases nuevas y purificadas, la guerra sagrada será decretada.

«Pero no tratará Alemania de hacer una treta, de dividir a los aliados, aparentando que admite vuestras proposiciones para ganar tiempo y llevar al occidente el golpe decisivo?»

Trotzky afirma que no lo cree. Se entusiasma y habla con un acento de convicción profunda. Desarrolla eloquentemente las razones que ya he resumido, por las cuales cree en un nuevo impulso de entusiasmo entre las masas rusas, por agotadas que estén.

Le llama que anima al pueblo ruso no está apagada. Puede ser reanimada, y Trotzky nos cuenta las hazañas heroicas realizadas por la Guardia Roja, en los combates librados contra Kerensky. Estima que puede resolver de manera satisfactoria los problemas, tan complicados, de la reorganización técnica de los servicios de defensa nacional. Concluye, modestamente, haciendo notar que indiscutiblemente el esfuerzo que el-bolshevikismo obtendrá del ejército no restablecerá una potencia militar de primer orden, pero está seguro que lo que los bolshevikí lograrán en este sentido por su prestigio, por su honestidad acrisolada, en virtud de sus ideas que les asegura la plena confianza de las masas populares, no lo podrá conseguir ningún otro partido.

Destrée está impresionado por esta conversación. Más aún de lo que él quisiera confesar. Reconoce en Trotzky a un hombre de mucha habilidad, de convicciones hasta el extremo profundas y sinceras. Pero no quiere ver en él más que a un ideólogo.

¿Este ideólogo durará o no durará? tal es la cuestión, y

si él dura, a lo menos algunas semanas, algunos meses como yo lo creo, ¿no convendría, con toda urgencia, entrar en contacto con él y tratar de sacar de su esfuerzo el rendimiento máximo en favor de los aliados?

JACQUES SADOUL.

## La fuerza que se halla detrás del cañón rojo

Por MAX M. ZIPPIN

(Conclusión)

He aquí una cita de un despacho del Taiga, que durante algún tiempo fue el cuartel general de Koltchak, que reza: «De acuerdo con los círculos bien informados, los ejércitos siberianos estaban desmoralizados por la propaganda bolshevista, y debido a largas retiradas la gente perdió el deseo de combatir. Sus jefes no se atreven a trabar batalla en estas circunstancias. A causa de las deserciones los ejércitos están reducidos a meros esqueletos. Varias unidades han sido aniquiladas y algunos oficiales se pasaron a los bolsheviks».

En las ciudades siberianas la propaganda bolshevista no cejaba nunca y las torturas y atrocidades inhumanas de Koltchak jamás la impedía. Todos los trabajadores se tapan abiertamente con los rojos y siempre, cuando salta una publicación obrera, no sólo para los obreros era bolshevista. Se entiende que Koltchak pronto suprima estas publicaciones obreras, pero ellas llegaban a reaparecer de nuevo varias veces y en la mayoría de los casos bajo la misma denominación, aunque cambiando de directores. En Vladivostok, por ejemplo, aparece y reaparece una publicación de los trabajadores organizados bajo la dirección de Truzlenik, que es completamente bolshevista. Otro periódico de la misma tendencia aparece y reaparece en la región del Amour bajo la dirección de Rabochiy, y así sucesivamente. Gran número de trabajadores de las minas y del ferrocarril se adhieren voluntariamente a las fuerzas de Koltchak para desertar después con las municiones y equipajes, con los cuales los aliados los han abastecido tan generosamente, aunque tomando un camino terrible y sangriento. Rumores de victorias de los ejércitos rojos se difunden con la rapidez del fuego en la selva, entre los trabajadores de la ciudad y son aclamadas con alegría, mientras todas las afirmaciones de los jefes koltchakistas sobre lo contrario, tienen poco efecto. Y cada victoria de los ejércitos rojos es una señal para los rojos locales, a fin de que salgan a la luz y se preparen para ulteriores avances victoriosos de los ejércitos rojos.

Se podría suponer que en la campaña los socialistas revolucionarios con su misión democrática y sus grandes palabras de la Asamblea Constituyente, en los debates tuvieron más suerte. No es así. En la campaña como en los pueblos, son los Rojos Locales los que dominan y cuya propaganda es decisiva.

La *Russkaia Riech* (Novo-Nicolaiévski), relata que en una serie de aldeas los campesinos se niegan a pagar impuestos al «gobierno» como a los «zemstvos». En la aldea Novo-Troitski, en la región de Bachinsk, los campesinos han celebrado una asamblea en la cual votaron la siguiente brevísima resolución por unanimidad: «No vamos a pagar impuestos y ustedes no pueden hacernos nada». El recaudador de impuestos envió un llamado urgente para realizar una expedición punitiva, pero ninguna expedición punitiva se atrevía a acercarse a esta aldea. El mencionado órgano de Koltchak se molestó inútilmente para demostrar que todo esto es obra de los horribles bolsheviks, Tolskaia, Tolskaia, añade el mismo periódico, los bolsheviks tienen, en realidad, a todos los campesinos a su lado y los han organizado para la resistencia.

El Zemstvo de un distrito declara oficialmente que los campesinos de Agafonikh y de Vierkh-Agaf, se negaron a pagar sus impuestos, estando bajo la influencia de los bol-

sheviks. Además, los movilizados por Koltchak en estas aldeas no sólo no son entregados, sino que actualmente son defendidos por la población.

En Svobodnaia Sibir un corresponsal trae un número de comunicaciones oficiales tomadas al azar, demostrando el estado de ánimo de la campaña.

Uno reza: «El alcalde de una de las más grandes aldeas cerca de Irkutsk, en respuesta a la pregunta por qué se procede tan lentamente a la recaudación de los impuestos, escribe que la población, lisa y llanamente, se niega a pagarlos, diciendo que el gobierno de Koltchak es solamente temporario y declarando que ellos pagarán impuestos solamente al gobierno de los Soviets. Y agrega el alcalde que no hay ningún medio de recaudarlos, pues aún expediciones punitivas no han tenido éxito».

Un alcalde de una aldea de Kirghiz escribe: «¿Cómo pueden ustedes esperar algún pago de la población? Aquí hubo primero un gobierno provisional, después vino el gobierno de los Soviets, más tarde se instaló el gobierno siberiano, después el Pan-ruso, después el Directorio, después la dictadura. Los campesinos declaran sencillamente que ellos quieren esperar hasta que haya un gobierno estable». Confiesa, también, que todo es el resultado, de la propaganda bolsheviki. El corresponsal cita un número de aldeas donde los paisanos se han sacado de encima abiertamente a los recaudadores de impuestos, «para que los enemigos del pueblo escuchen y aprendan».

He aquí la confesión de uno de los enviados del Zemstvo que llegaban a la campaña para traerles la gran novedad de la organización del Comité Siberiano, con el fin de echar abajo a Koltchak y a los bolsheviks. Fue en la región del Amour donde se hizo esta tentativa y su historia está relatada en el *Rabotnik*, de Blagovieshchensk, uno de aquellos pequeños y combativos órganos bolsheviks que aparecen y desaparecen continuamente, bajo las narices de los muy vigilantes jefes aliados y sus compañeros Semionov y Kalmikov, etc.

«Casi toda la juventud de la campaña se fué al frente bolsheviki y quedaron en ella solamente los viejos y los niños. Y es notable cómo aún los viejos y ortodoxos campesinos están apoyando a los Soviets. Ellos no están completamente convencidos que sus hijos han procedido bien cuando se fueron a los numerosos frentes rojos. Ellos no están del todo seguros que estos actos están de acuerdo con su religión y sus viejas creencias. Pero son sus propios hijos, su propia saner y bien o mal ellos no pueden sino estar de su lado. Pero mientras sus sentimientos por los bolsheviks son algo complejos, su odio contra Koltchak es abierto y decisivo y su enemistad con los zemstvos y todas las demás llamadas organizaciones democráticas son, todavía, más evidentes. A menudo nuestros enviados han sido corporalmente atacados por los viejos campesinos, quienes nos culpaban de todas sus desventuras.

«¿Por qué no dejan ustedes a nuestros hijos solos? ¿Por qué vienen ustedes a agravar nuestra pena? Basta que tengamos dos partidos en lucha, ¿a qué vienen ustedes con uno nuevo?» Estas eran las interrogaciones y exclamaciones que se gritaban de todas partes en nuestras asambleas.

«Uno de nuestros enviados fué casi hecho a pedazos por que se le antojó formular una observación insultante sobre uno de los líderes de una aldea que se fué al frente rojo. Su nombre era Grishka y el instructor del zemstvo trataba de empuñecerlo diciendo a los campesinos que Grishka, al fin y al cabo, no era más que un analfabeto. Se

oyó de todas partes un grito aterrador de ira. Ellos habían conocido a Grishka desde la infancia y podían, todos, jurar por su honestidad. Además, si él era tan poco importante, como dicen ustedes, se oyó en la asamblea, ¿cómo es que los americanos, los japoneses, los ingleses y los franceses y todo el mundo está a la caza de Grishka? Se tiene que soportar las irrupciones de ira de los campesinos. Ellos están realmente orgullosos de que uno de los suyos se haya transformado en figura tan importante para que los gobiernos de todo el mundo le caigan encima».

Otro relata su experiencia en la región de Transbaikalia otra «región» de influencia Semionov japonesa. Las aldeas están casi despobladas, la juventud se ha ido a los frentes de los Rojos Locales y los viejos y los chicos, se esconden en las selvas y en las colinas circundantes para salvarse de la venganza de los japoneses y de los campesinos cosacos de la democracia. En un espacio de cientos de millas no se ve ningún cultivo y no hay nada ante los ojos que no sea terreno baldío. Las casitas están cerradas y solamente aquí y allá se oye algún gemido de golpe, sofocado. Han sido muchas veces asaltados por las expediciones punitivas y están bajo el miedo constante de aquellos. Aquí no se puede conseguir ninguna especie de kerosene, y cuando llega la noche, la aldea se halla envuelta en una oscuridad desoladora. Las escuelas, tiempo hace que dejaron de existir. Las bibliotecas, edificadas en otro tiempo con tanto amor y esperanza, se parecen a un fantasma. Solamente de vez en cuando la monotona desconsoladora se interrumpe por el repentino grito de un borracho o por la risa ebria de un individuo intoxicado por el licor japonés o el vodka, monopolizado por Koltchak.

El relator trataba de organizar los pocos que quedaron, en un centro local del Partido Socialista Revolucionario. Casi lo matan a pedradas. Ellos no querían saber de otro partido que no fuera el bolsheviki, o mejor, el partido de los Soviets. Ellos abiertamente echan la culpa de la situación a los socialistas revolucionarios y a los zemstvos. «No eran estos partidos los que al comienzo apoyaban a Koltchak y a los aliados? Ni un kopeck darán a las llamadas organizaciones democráticas. Nada a los perceptores de impuestos. Pero los emisarios secretos de los Rojos Locales, que vienen de noche, son alimentados con el último pedazo de pan, por los campesinos».

El siguiente incidente humorístico ocurrió en la aldea de Tabagatai, en la región Transbaikalia. Los aldeanos, en

su mayor parte, gente vieja, saquearon el gran molino harinero de Goldobin, y los depósitos habían sido enviados inmediatamente a los vecinos frentes rojos. Anteriormente los bolsheviks formaron un destacamento entero de la juventud local de la aldea. El jefe era un oficial llamado Smolin, ajeno a los aldeanos, pero poderoso y convincente orador que pronto ganó a las masas para la causa de los Soviets, y había sido idolatrado por ellos. Cuando la expedición punitiva llegó, los líderes desaparecieron y los campesinos que llegaron allí simulaban de repente todos ser «gente ignorante». «Somos sólo un pueblo ignorante, alegaban ellos, y nosotros hacemos sólo lo que se nos ordena. Un oficial vino y nos dijo que nos organizáramos todos para la defensa de la patria, y así lo hicimos. Nos dijo después que lleváramos la harina del molino, porque el dueño estaba contra la patria, y porque la harina era necesaria para los defensores de la patria, y obedecimos. No somos más que gente ignorante».

Y todo esto no es más que un fragmento de la gran historia de las hazañas de los Rojos Locales de Siberia, y de lo que ellos han hecho y están haciendo para preparar el camino a los grandes ejércitos rojos.

Naturalmente se debe confesar que los koltchakistas y sus aliados ayudaban grandemente a estas fuerzas de guerrillas por la mera circunstancia de la crueldad y de las atrocidades que ejercitaban en contra de la población. Yo creo que el presidente Wilson tenía en su mente estas atrocidades de Koltchak y de sus aliados en Siberia, cuando en su mensaje en el «Jakkon Day», en Washington: «El mundo ha sido asegurado para la democracia, pero la democracia no ha sido hasta el final reivindicada. En su nombre se han cometido toda clase de crímenes y se han tentado toda suerte de perversiones y engaños de sus doctrinas y prácticas». Los odiosos monarquistas rusos y sus amigos, los imperialistas extranjeros, eran, sin duda, poderosos; a pesar suyo, involuntariamente, venían a ser confederados de los Rojos Locales, y ayudaban mayormente a estos últimos a ganar la confianza de las masas. Pero esto no disminuye, en lo mínimo las gigantescas empresas acometidas por éstos. Y mientras expresamos nuestra admiración y asombro por los grandes ejércitos rojos, de los obreros y campesinos, rusos, no debemos olvidar las guerrillas de los Rojos Locales, que han allanado el camino de la victoria de los primeros.

## La obra constructiva en Rusia

### El Primer Congreso Pan-ruso de los Consejos de Economía Popular

#### a) Notas de W. Miliukin.

#### II

#### (Conclusión)

Realizando este trabajo, el Congreso ha aportado una importantísima ayuda a la causa de la regularización de la economía popular. La introducción de un plan único de administración en las empresas nacionalizadas debe ser actualmente uno de los problemas más urgentes para el Consejo Superior de Economía Popular y para el Consejo de Economía Popular local.

Las decisiones de las secciones para el intercambio de mercaderías, confirmadas por el Congreso, con algunas enmendadas insignificantes son, también, de gran importancia. El Congreso, entre otras cosas, aprobó enteramente las liberaciones que el Consejo de los Comisarios del Pueblo, además del Consejo Superior de Economía Popular, adoptaron acerca de la cooperación, mediante el decreto aparecido el 12 de Abril sobre las cooperativas de consumo; resolvió, además, que el Consejo Superior de Economía Popular estudie las soluciones concernientes a las otras especies de cooperación a fin de coordinar su actividad con los órganos soviéticos y con el propósito de controlarlos.

No podemos terminar este examen sin antes decir que el Congreso ha aceptado el proyecto de reorganización del Consejo Superior de Economía Popular.

La característica principal y esencial de esta reorganización consiste en la descentralización, impulsando a la obra directamente a los representantes locales y regionales. Hasta ahora se ha podido notar la gran distancia que separa al Consejo Superior de Economía Popular del trabajo local, distancia que ha repercutido sobre el trabajo del Consejo Superior de Economía Popular.

Un mecanismo como el Consejo Superior de Economía Popular, que regula toda la economía del país, debe ser ágil, y sus órganos deben abrazar todas las actividades económicas y penetrar hasta sus raíces.

Este trabajo es irrealizable sin la fusión orgánica más estrecha con el trabajo local, y con las organizaciones soviéticas locales.

En este caso, no sólo todas las indicaciones que vengan de lo alto, del centro, pueden ser aplicadas rápidamente y con exactitud por toda parte.

El otro lado de este importante proyecto, es el que señala la necesidad de someter la dirección de todos los aspectos de la vida económica a un centro único. Es necesario reconocer, sin ambages, que no obstante toda su utilidad, esta actuación (en el estado actual de las fuerzas

de los medios, y principalmente de la rutina de las formas de organización y de las dificultades provenientes de su reorganización), es la más difícil en realizarse.

El establecimiento de la periodicidad de los Congresos y la determinación de la competencia de los Consejos de Economía Popular regionales y provinciales, permitida, en fin, la obtención de una coordinación más regular y más completa del trabajo central con el trabajo local.

### III

El primer Congreso Pan-Ruso de los Consejos de Economía Popular ha realizado, como hemos visto, un grande e importante trabajo.

No sólo ha puesto de manifiesto los lados positivos de nuestra actividad económica, sino también, los negativos, puesto que ha revelado la falta de conformidad en el plan fijado (por ejemplo, en el terreno de la nacionalización), la no sistematización, (en el terreno de la administración de las empresas), la separación del centro de las organizaciones locales, la debilidad de las mismas organizaciones, etc. Todo esto es indudablemente cierto.

Defectos y negligencias en nuestro trabajo, fueron muchos y son muchos. Sólo con un trabajo asiduo y una autor crítica despiadada podremos remediarlos. Sería, por lo menos, extraño suponer que un deber enorme como el de la reconstrucción de todo el orden económico moderno, según el nuevo plan socialista, pueda realizarse fácilmente, regularmente, sin culpas y sin errores.

Estas culpas, estos errores, estas imperfecciones, etc., son inevitables. Pero es necesario comprobarlos abiertamente y encontrar los medios concretos, suficientes para eliminarlos y corregirlos.

Las resoluciones y las soluciones que el Congreso ha dado a estas grandes cuestiones respecto a nuestra actividad económica, son indicaciones concretas sobre la manera cómo podremos corregir... si nos apartamos un poco — ha dicho el compañero Lenin en su discurso en el Congreso — «del fastidio inmediato que ofrece el repetido rehacer de los decretos y si se considera un poco más hondamente la obra gigantesca, histórica, que momentáneamente el proletariado ruso está obligado a realizar con sus propias fuerzas, que son insuficientes. Se verá entonces, bastante claramente, que eran indispensable rehacer todavía más repetidamente la experiencia de los diferentes sistemas de administración, según normas diversas, antes de alcanzar la disciplina de la producción, que en una obra tan gigantesca no podríamos pretender (y ningún socialista inteligente nunca lo ha pretendido), realizarla siguiendo un plan completamente preestablecido y alcanzar inmediatamente a colocar en orden, de golpe, las formas, ya dispuestas, de la organización de una nueva sociedad».

A través de los errores y dificultades, triunfando de los obstáculos, luchando contra la imperfección, es como el proletariado de Rusia, con sus organizaciones, deberá seguir el camino de la edificación de un nuevo orden social.

«Nosotros no cerramos los ojos», continuó el compañero Lenin, ante el hecho de la imposibilidad (a nosotros únicamente y solamente con nuestras fuerzas), de conducir completamente a su fin la revolución socialista en un solo país, aunque éste fuera mucho, menos atrasado que Rusia, aunque hubiésemos vivido en condiciones más fáciles que las creadas desde hace cuatro años, por la guerra inaudita, dolorosa, penosa y ruinosa... No obstante, las fuerzas aumentan en el curso de la lucha y la revolución progresa. Cuando un país ha entrado en el camino de las grandes reformas, el mérito de este país y de la clase obrera que ha triunfado, es que los problemas que antes se planteaban de manera abstracta, sean llevados próximamente a la solución en el terreno práctico. Estamos profundamente convencidos que en el futuro más próximo los acontecimientos históricos conducirán al poder al proletariado de la Europa occidental. De este modo cesaremos de estar aislados como lo estamos actualmente en la esfera internacional y el movimiento hacia el socialismo será facilitado grandemente».

El primer Congreso Pan-Ruso de los Consejos de Economía Popular ha trazado las líneas directivas de nuestro trabajo durante cerca de seis meses. El segundo Congreso deberá reunirse después de seis meses. Durante este período podrá comprobarse nuestro progreso en la espera de la reconstrucción orgánica de la nueva vida, en la lucha revolucionaria por el socialismo.

W. MILIUKIN.

## b) Resoluciones votadas.

### I

## Consecuencias económicas de la paz de Brest

1.—La paz de Brest, que arrancó a Rusia las regiones industriales de Polonia, las provincias bálticas, la cuenca de Donetz y las regiones más fértiles de Ucrania, ha disminuido notablemente la obra de curación de las heridas de la guerra: obra que no puede ser realizada, conforme a los fines y a los intereses de las masas populares, sino que con la organización socialista de la producción.

Habiendo cargado Rusia el peso de millones de compromisos financieros, la paz de Brest hace de Rusia en el período de su penosa crisis económica (por lo menos durante cierto tiempo), tributaria del capital extranjero.

2.—No solamente la paz de Brest con sus consecuencias económicas no corresponde a los intereses de las masas de la población de las regiones ocupadas, sino que la industria de Polonia y de las provincias bálticas, la industria de la cuenca de Donetz (ligada íntimamente al régimen económico de Rusia), no se hallan en condiciones de rivalizar con la industria alemana, cuya elevación técnica es superior, en el mercado alemán y austriaco. Separadas de Rusia por una línea aduanera, la industria y el comercio de las provincias bálticas se encuentran sometidas a un lento deterioro. La cuenca del Donetz y la industria ucraniana están colocadas, por su posición geográfica, bajo la dependencia del Norte de Rusia. El trigo ucraniano, al cual se dirigen en este momento todas las esperanzas de Alemania y Austria, se verá trabado después de la guerra por una barrera de impuestos aduaneros instituidos en interés de los agrarios húngaros y prusianos. Todo esto provocará en las regiones arrancadas a Rusia tendencias a un acrecientamiento económico con el organismo ruso de producción.

Estas regiones que hasta ahora han sido violentamente retenidas por el zarismo dentro de los límites del Estado ruso, buscarán una alianza económica en el terreno de la comunión de los intereses.

3.—De tal manera, nosotros debemos hacer frente a las penosas consecuencias económicas de la paz de Brest-Litowsk, particularmente durante la época transitoria durante la cual las consecuencias internacionales generales de la guerra imperialista no se hagan sentir: o sea, durante el período en el cual Rusia (derrotada en la guerra imperialista y privada todavía de ayuda por parte del proletariado de los demás países), inicia el trabajo de renovación de su organismo económico destruido.

Obligada a satisfacer las condiciones de la paz de Brest, la Rusia soviética posee en su legislación social el medio mejor para paralizar las funestas consecuencias de aquella paz. El desarrollo de las fuerzas productivas de las regiones del Altai y del Ural proporcionarán a Rusia hierro y carbón. La nacionalización de estas ramas de la industria, suficientemente concentradas en la fase precedente de la evolución, vigorizará la productividad disminuida de nuestras fábricas.

La nacionalización del comercio exterior permitirá prohibir la importación de las mercaderías inútiles desde el punto de vista social, además de utilizar sistemáticamente los excedentes de materia prima para la desaparición gradual de nuestros compromisos.

Atrayendo al capital extranjero para explotar las riquezas nacionales de Rusia, y crear nuevas ramas de producción bajo el más estricto control del poder del Estado y con la participación inmediata de éste, no solamente estaremos en posibilidad de superar las consecuencias económicas de la paz de Brest, hasta tanto no sean eliminadas por la evolución general de la sociedad, sino que al mismo tiempo, consolidando las fuerzas de la producción de Rusia, contribuiremos a dominar la ruina económica, y a vigorizar el régimen de los Soviets, como el poder que tiende a la reorganización socialista rusa.

(Continuará)

En venta el folleto:  
del Capitán JACQUES SADOUL

Dos cartas a Romain Rolland

Una obra gigantesca  
cumplida por gigantes

( CARTA DIRIGIDA A JEAN LONGUET )

En venta:  
NICOLAS LENIN  
La Lucha por el Pan  
LEON TROTZKY  
Trabajo, orden y disciplina  
salvarán la República Socialista

Precio: 0.20 ctvs.

A cantidades mayores se hace el 20 o/o de descuento.

Pedidos a José N6, Casilla de Correo 1160, Buenos Aires.

## BIBLIOTECA DOCUMENTOS DEL PROGRESO

Nicolás Lenin. — La victoria del Soviet. — John Reed. — Cómo fun- na el Soviet . . . . .	(agotado)
Jacques Sadoul. — Una obra gigantesca cumplida por gigantes . . . . .	\$ 0 10
Nicolás Lenin. — La lucha por el pan. — León Trotzky. — Trabajo, orden y disciplina salvarán la República Socialista . . . . .	» 0 20
León Trotzky. — El advenimiento del bolshevikismo. (Desde la Re- volución de Octubre al Tratado de paz Brest-Litowsk) . . . . .	» 1. —
Spartacus. — Propósitos, objetivos y aventuras . . . . .	» 0 20
Carlos Radeck. — El desarrollo del Socialismo: de la Ciencia a la Acción . . . . .	» 0 20

### En Preparación:

Las nuevas cartas del ex-capitán francés Jacques Sadoul.

A estos precios deberán agregarse los gastos de franqueo.

# APARECIÓ

El folleto de CARLOS RADECK

## El desarrollo del Socialismo

DE LA CIENCIA A LA ACCION

Precio 0.20 centavos.

Apareció el folleto  
**Spartacus**

Propósitos, objetivos y aventuras

Precio del ejemplar, \$ 0.20.

En el mes de Junio, aparecerá el libro  
conteniendo:

Las leyes y los decretos de la Re-  
pública Rusa de los Soviets y el Có-  
digo del Trabajo.

EN NUMEROS SUCESIVOS SE PUBLICARAN ENTRE OTROS  
INTERESANTES TRABAJOS, LOS SIGUIENTES:

El ejército industrial ruso. — Sus bases.  
Eiel Bee. — Las cooperativas rusas y los Soviets.  
N. Lenin. — El porvenir del Soviet.  
H. Barbuase. — La voluntad de los veteranos de la guerra.  
C. Nikolsky. — La República Rusa de los Soviets.  
Nicolás Bukharin. — Iglesia y Escuela en la República de los Soviets.  
Felipe Price. — El sistema de los Consejos en Rusia.  
El movimiento obrero en los Estados Unidos hacia la izquierda.  
N. H. Brailsford. — ¿Parlamento o Soviet?  
Eugenio Varga. — Los problemas del Soviet húngaro.  
El programa agrario del Partido Comunista de Alemania.  
León Trotzky. — El porvenir de la guerra y de la paz.  
L. Larin. — La acción económica del poder de los Soviets.  
R. Arsky. — El control obrero en Rusia.

La correspondencia y giros, dirigirla a nombre del administrador  
José N6, Casilla de Correo 1160, Buenos Aires.

#### SUSCRIPCION

Semestre . . . . .	\$ 2.00
Año . . . . .	" 4.00
Precio del ejemplar . . . . .	" 0.20

Pídalo en los kioskos y a los revendedores

Hágase suscriptor

#### A NUESTROS LECTORES

Ponemos en conocimiento de nuestros lectores que existen disponibles números atrasados, a excepción de los cuatro primeros que se hallan agotados. Los interesados pueden solicitarlos enviando su importe a Casilla de Correo 1160.